



Lope de Vega

El Anzuelo
de Fenisa



E LEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

EL ANZUELO DE FENISA

LOPE DE VEGA

**PUBLICADO: 1617
FUENTE: WIKISOURCE**

ELENCO

EL ANZUELO DE FENISA

FÉLIX LOPE DE VEGA Y CARPIO

LOS QUE HABLAN EN ELLA SON LOS SIGUIENTES:

CAMILO.

ALBANO.

FENISA.

CELIA.

LUCINDO.

TRISTÁN.

DOS CRIADOS.

DINARDA.

BERNARDO.

FABIO.

OSORIO, capitán.

CAMPUZANO.

TREBIÑO y OROZCO.

DON FÉLIX.

DONATO.

ACTO I

SALEN CAMILO Y ALBANO, GALANES.

CAMILO:

«...que estoy celoso y voy leyendo en ellas»,
acaba aquel soneto castellano.

ALBANO:

¿Dónde vais a matarme, plantas bellas?

CAMILO:

¿En la arena del mar miras, Albano,
las estampas que deja tu Fenisa?

ALBANO:

Por ellas sigo su desdén en vano.
Por besar el arena donde pisa,
temo que el mar deshaga las señales,
excediendo sus márgenes aprisa.

CAMILO:

¿Letras escribe con los pies?

ALBANO:

Y tales,
que, leyendo la historia de mis celos,
aprendo penas a la causa iguales.
No han hecho furia ni rigor los cielos,

para castigo de la humana vida,
que sufran compararse a sus desvelos.

CAMILO:

Que tenga celos y que celos pida
un hombre que se emplea en gran sujeto,
disculpa me parece conocida,
porque quien ama, teme; y, en efeto,
el temor de quien ama es una cosa
que engendra en lo más firme mal conceto;
pero querer una mujer famosa
en engañar y en no querer ninguno
-supuesto que confieso que es hermosa-,
no tiene igual con desatino alguno:
que no se llaman celos las traiciones.

CAMILO:

Uno ha de amar y tener celos de uno;
mas donde una mujer forma escuadrones
de tantos hombres, que con menos gente
Alejandro venció dos mil naciones,
donde hay un galán dentro y otro enfrente,
doce de a pie, cuarenta de a caballo,
tal en la posesión, tal pretendiente,
vergüenza es esta; y más que no lo hallo
aun en los animales, pues sabemos
que viven cien gallinas con un gallo,
que glorioso levanta los extremos,
el pardo gamo entre cincuenta gamas,
de las puntas que nunca ofender vemos.
Albano, deste género de damas
huye la bolsa, pon en salvo el oro;
que es lo demás andarte por las ramas.

ALBANO:

¡Qué manso que parece siempre el toro
al que está en la ventana! Y al letrado,

¡qué cobarde el flamenco y tibio el moro!
El escribir un libro concertado,
¡qué fácil le parece al ignorante,
y el llevar una cátedra al soldado!
¡Qué fácil le parece al estudiante
el conducir la nave al Occidente,
la religión al mercader tratante!
¡Qué fácil el hablar un presidente,
un rey, un duque a un labrador grosero!
¡Y el olvidar a quien de amor no siente!
Amor no es calidad, ni gusto fiero;
amor no es honra ni es mercadería;
amor no es regidor ni caballero.
Amor es consonancia y armonía
que hacen el deseo y la hermosura,
con que se aumenta cuanto el cielo cría.
Si yo quisiera un bronce, una pintura,
un ave, un árbol, cosa diferente
de mi naturaleza, era locura,
pero que amar una mujer intente,
¿juzgas a desatino?

CAMILO:

¡Qué respuesta
tan hija de tu amor impertinente!

ALBANO:

Mas ¿qué me dices tú? ¿Que fuera honesta,
dándome con Platón, cuyo aforismo
ya me fastidia y con razón molesta?
Los que, siendo de amor único abismo,
dicen que se ha de amar el alma sola
y que es amor pagalle con él mismo,
un casto fuego dicen que acrisola
sus sentidos amando y, en secreto,
hacen su media noche a la española.
Nerón no confesaba hombre perfeto,

pero decía que en gozar su gusto,
cual era descompuesto y cual discreto.
Si amor es gusto, el que yo tengo es justo.
Ama tú por allá dificultades,
que no quiero su bien por su disgusto.

CAMILO:

Las virtudes, Albano, y calidades
de una mujer son justo fundamento
de amor, que no las locas liviandades.
No hay en toda Sicilia -estáme atento-,
cuanto más en Palermo, donde estamos,
mujer de más humilde pensamiento.
Al puerto, a la ciudad, al monte vamos;
allí hallaremos quien sus tretas diga,
más que arenas el mar y el bosque ramos.

ALBANO:

Lo mismo que te cansa a mí me obliga.
Aquella libertad me rinde y mata,
y el ver que deje amor y interés siga.
Una mujer que quiere y se recata
de ofender el galán con pensamientos,
aunque la den un Potosí de plata,
allá puede tratar de casamientos;
que amor ha de ser fina picardía,
poca seguridad, menos contentos.
No ha de estar el amor sin compañía:
digo sin competencia y sin disgusto;
que por la noche es tan hermoso el día.

CAMILO:

A fe que habéis hallado vuestro gusto.
Si esto es amor, Fenisa es alto objeto.
Digo que améis y que el amor es justo.

ALBANO:

Esotro es amor bobo, este discreto.

ENTRA FENISA Y CELIA CON MANTOS.

CELIA:

Admirada, y con razón,
Fenisa, de tu venida,
muestro tanta confusión.

FENISA:

Sospecho que se te olvida,
Celia...

CELIA:

¿Qué?

FENISA:

Mi condición.

CELIA:

No sé qué tenga que ver
con venir a la aduana,
no siendo tú mercader,
pues no eres tú muy liviana,
aunque eres libre mujer.

FENISA:

Eso te ha de dar aviso
de que sin causa no vengo.

CELIA:

¿Es amor?

FENISA:

¡Tan de improviso...!
Pero yo, ¿cuándo le tengo?
Si me adorase Narciso...
Desde el primero que amé
y que a olvidar me enseñó,
tan diestra en no amar quedé,

que, de uno que me burló,
en los demás me vengué.
Notablemente se arroja
una mujer a querer
cuando un gusto se le antoja,
pero más aborrecer,
cuando se cansa y se enoja.
Según corre entre los hombres
esto de amar con engaño,
de mi desdén no te asombres.
Basta al cuerdo un desengaño,
que es amor. No me lo nombres.
No porque yo no perciba
sus regalos y su bien,
pero no es razón que viva
quien nació libre también
de un hombre libre cautiva.
Yo he dado en esta flaqueza
de burlar cuantos engaña
esto que llaman belleza.

CAMILO:

Celia sola la acompaña.

ALBANO:

¿Celia?

CAMILO:

No más.

ALBANO:

¡Linda pieza!
¡Estraña imaginación
es venir a la aduana
deste puerto!

CAMILO:

Cosas son
de su condición liviana.

ALBANO:

Conozco su condición.
Palermo es famoso puerto
de extranjeros y de trato.
Algún lance ha descubierto.

CAMILO:

Ella es de Circe un retrato.
De que te ha visto, te advierto.

ALBANO:

Hablalla será mejor.
¿Dónde bueno?

FENISA:

A ver el mar,
que me agrada su furor.

ALBANO:

Todo te suele agradar
cuanto carece de amor.
¿Este desdén de las ondas,
esta perpetua contienda
te agrada...? Mas no respondas;
por lo que tiene de hacienda
pienso que su margen rondas.
¿En qué rico forastero,
en qué mercader famoso,
en qué estraño marinero,
echas el anzuelo hermoso
para buscar su dinero?
¿Qué es lo que buscas aquí,
en el puerto deste mar?

FENISA:

Seguro estarás de mí
que no te vengo a buscar.

ALBANO:

Yo vengo a buscarte a ti.

FENISA:

¿Qué me quieres?

ALBANO:

Solo verte,
para alivio de una vida
que has condenado a la muerte.

FENISA:

¿Llamábasme tú homicida?

ALBANO:

No es poco bien conocerte.

FENISA:

Albano, si no has sabido
esta condición que el cielo
me ha dado, que oigas te pido,
porque cese tu desvelo
de competir con mi olvido.
Yo tuve en mi nacimiento
una estrella que me obliga
a que en este mar violento
peces busque, peces siga,
como otros aves del viento.
¿No has visto que un gran señor
va por los valles y cerros,
despeñado cazador,
ya con aves, ya con perros,
sin temer nieve o calor?
Pues eso mismo hay en mí,
pero apliqueme a pescar;

y a eso vengo por aquí.
Tiendo la red en el mar,
que es la estrella en que nací.

FENISA:

Ojos y lengua son cebo
del anzuelo deste amor;
si pica y es bobo y nuevo,
doyle cuerda, y del favor
asido un año le llevo.
Si es inútil y está diestro,
aunque caiga, vuelve al mar,
porque ofendida me muestro
que, si no ha de aprovechar,
ocupe el anzuelo nuestro.
Si yo viese la hermosura
mayor que naturaleza
ha dado a mortal criatura;
si viese más gentileza,
más tierno amor, más blandura;
si viese por mí llorar;
si me viese eternizar
más que Laura y que Beatriz;
si viese un mozo infeliz
de mis balcones colgar;
si viese que por Fenisa
Píramo se pasa el pecho,
y a Leandro ya en camisa,
mientras no viese provecho,
todo era cosa de risa.

CAMILO:

¿Oístele?

ALBANO:

Ya lo oí.
Escucha, Fenisa.

FENISA:

Di.

ALBANO:

Si hubiese quien llorase,
te amase y te regalase,
¿tendríasle amor?

FENISA:

Eso sí.

ALBANO:

¿Con qué te contentarás
para prueba deste amor?

FENISA:

Necio por extremo estás.
¿Quiéresme entender mejor?

ALBANO:

Sí.

FENISA:

Pues declárome más.
Quien tiene un jardín, ¿qué hace?
Riega, regala, cultiva
la yerba o árbol que nace,
para que después reciba
el fruto que satisface.
Quien tiene un caballo hermoso
asiste a verle comer,
de su estancia cuidadoso;
hasta el herrar quiere ver,
de sus estampas curioso.

FENISA:

Mira el freno y el bocado
que lengua y boca no ofenda,

tráele bien enjaezado
y por puntos le encomienda
al solícito criado.

Bozales le manda hacer
y rizar y componer
de bandas de bazarria;
y todo esto para un día
en que le quiere correr.
¿Hasme entendido?

ALBANO:

Bien creo
que te entiendo.

FENISA:

Pues ¿qué aguardas
a conocer mi deseo?

SALE LUCINDO, TRISTÁN, HOMBRE DE MAR, UNO MERCADER Y OTRO
CRIADO.

LUCINDO:

¿Has contentado las guardas?

TRISTÁN:

Que quedan contentas creo.
Toda la ropa está fuera,
no queda cosa en la nave.

LUCINDO:

¡Oh, Sicilia!

TRISTÁN:

¿Qué te altera?

LUCINDO:

¡Qué bien, tras tanto mar, sabe,
Tristán, la verde ribera!

TRISTÁN:

Diraslo por las mujeres
que pasean por la playa.

LUCINDO:

¡Qué mal conocerme quieres!
No hayas miedo tú que vaya
por el mar de sus placeres
esta nave de mi edad,
aunque bonanza prometa,
porque no hay seguridad,
en la mujer más perfeta,
de mudanza o libertad.
Advierte que no te digo
perfeta en virtud.

TRISTÁN:

Pues ¿qué?

LUCINDO:

En amar.

TRISTÁN:

Amor bendigo.
¡Plega a Dios que no te dé
de esa libertad castigo!

LUCINDO:

Si mi padre aquí me envía
desde Valencia, Tristán,
con esta mercadería,
y mis deudos, que allá están,
con hacienda suya o mía;
si de lo que he de vender
tengo de cargar de trigo,
¿por qué me nombras mujer,
que es el mayor enemigo

del trato del mercader?
Ni el fiar ni el porfiar,
ni el alzarse, ni el quebrar,
ni el no pagar los señores,
ni el morirse los deudores,
ni la inclemencia del mar,
igualan a que se arroje
un mercader a querer,
ni hay pirata que despoje
como una hermosa mujer
que entre los brazos le coge.

TRISTÁN:

¡Plega al cielo que te dure
tan alto conocimiento!

ALBANO:

En fin, ¿dices que procure
regalarte?

FENISA:

Ese es mi intento,
porque el amor se asegure;
que no puede amor durar
sin fundamento y estribo.

ALBANO:

Y ¿qué es el estribo?

FENISA:

El dar,
porque es, no habiendo dativo,
cantar mal y porfiar.

ALBANO:

Voy a tratar de tu gusto;
dame esta noche licencia.

FENISA:

Si me regalas, ¿no es justo?

ALBANO:

Perdiendo voy la paciencia.

CAMILO:

Yo siento vuestro disgusto.
¿Pensáis regalarla?

ALBANO:

Sí,
que estoy muriendo por ella.

CAMILO:

¿No os desapasiona aquí
verla interesable?

ALBANO:

Es bella,
y más me amartela así.
Este interés y desdén
me obliga a ver si la venzo.
VANSE CAMILO Y ALBANO.

FENISA:

El hombre parece bien.

CELIA:

Pues llega a hablarle.

FENISA:

Comienzo.
¿Fuéronse?

CELIA:

Ya no se ven.

FENISA:

¿Parécete pez el hombre
que me será de provecho?

CELIA:

Llega y pregunta su nombre.

FENISA:

¡Por mi vida, que es bien hecho!
Dios os guarde, gentilhombre.

LUCINDO:

Y a vos os dé un rico esposo,
si sois libre; y si tenéis
marido -pues fue dichoso
en ser vuestro-, le gocéis
sin pensamiento celoso.
¿Qué es lo que queréis de mí?

FENISA:

¿Cuándo llegastes aquí?

LUCINDO:

Hoy vi la tierra y la aurora
juntas, pero el sol agora,
que hasta veros no le vi.

FENISA:

Con poética licencia
me habéis hecho vuestro sol.

LUCINDO:

Diomela vuestra presencia.

FENISA:

¿Qué nación?

LUCINDO:

Soy español.

FENISA:

¿De qué parte?

LUCINDO:

De Valencia.

FENISA:

Si fuérades de Toledo,
tenía qué preguntaros.

LUCINDO:

Solo de Valencia puedo...

TRISTÁN:

¿Puedo yo también hablaros?

CELIA:

Bien puede, estandose quedo.

TRISTÁN:

Va de quedo, y digo así:
¿quién es aquesta su ama?

CELIA:

Una dama.

TRISTÁN:

¿Dama?

CELIA:

Sí.

TRISTÁN:

Y ¿de qué manera es dama?

CELIA:

¿Eso me pregunta a mí?

TRISTÁN:

Pues ¿está mal preguntado?

CELIA:

¿Cómo es él hombre?

TRISTÁN:

Formado

de cuatro elementos soy,
tengo alma y cuerpo, y estoy
de potencias adornado;
diferénciome a mujer
en las barbas y el valor.
No me mande proceder,
sino advierta que, en rigor,
dama es oficio, y no es ser.
Doncellas suelen decir
a muchas, sin advertir
que se han de diferenciar:
que hay doncellas de casar
y doncellas de servir;
y así dama ha de tener
su diferencia forzosa.

CELIA:

Por lo menos es mujer
discreta, gallarda, hermosa
y de honrado proceder.

TRISTÁN:

Y ¿qué busca por aquí?

CELIA:

Nuevas de un perdido hermano.

TRISTÁN:

Peligro corréis así.

CELIA:

¿Peligro?

TRISTÁN:

Luego ¿no es llano?

CELIA:

¿No es tierra segura?

TRISTÁN:

Sí,

pero el mar estos altivos
peñascos quiere exceder
y sus límites nativos;
sin duda os quiere prender
por pescados fugitivos.

CELIA:

¡Lindo bellaco!

TRISTÁN:

¿Yo lindo?

CELIA:

¿Tu conmigo españolizas?

FENISA:

Digo, mi bien, que me rindo.

LUCINDO:

Esta humildad solemnizas.

FENISA:

Dime tu nombre.

LUCINDO:

FENISA:

Si nombre de luz tenías,
¿qué mucho que me encendieses?

LUCINDO:

Las desconfianzas mías
querría que conocieses.

FENISA:

Español, ¿tú desconfías?

LUCINDO:

Pues ¿no ha de desconfiar
un forastero?

FENISA:

No sé...
¡Nunca yo viniera al mar,
pues otro en su playa hallé,
donde me pienso anegar!

LUCINDO:

¿Que te he parecido bien?

FENISA:

No sé cómo te encarezcan
estos mis ojos tan bien
ese talle, sin que crezcan
las aguas del mar que ven.
Pero ¿qué digo? No más.
Loca estoy. Hombre, ¿qué es esto?
¡Jesús! ¿Qué hechizos me das?

LUCINDO:

¡Tan presto!

FENISA:

¡Ay, Dios! Vete presto;
mas, espera, ¿adónde vas?

LUCINDO:

A la posada; es forzoso.

FENISA:

Si por mis deudos no fuera,
dulce español generoso,
en mi casa te la diera,
como en el alma es forzoso;
pero bien podrás entrar
con decir que de mi hermano
sabes nuevas.

LUCINDO:

¿Que hay lugar?

FENISA:

Sígueme.

LUCINDO:

Dame esa mano,
que te la quiero besar.

FENISA:

Espera, a Celia hablaré,
para que avisada esté.

LUCINDO:

Y yo a este criado mío.

FENISA:

Celia...

Señora...

FENISA:

Confío
que lo que buscaba hallé.
No ha venido forastero

a Sicilia en muchos años,
mercader o caballero,
donde puedan mis engaños
pescar tan lindo dinero.
Una nave trae cargada
de paños, medias y rasos.

CELIA:

¿Hate dicho la posada?

FENISA:

Ya la sé.

CELIA:

¡Dichosos pasos
y tarde bien empleada!
Y ¿qué modo de hombre es él?
¿Es negocio moscatel
o discreto vergonzoso?
¿Procede a lo generoso?

FENISA:

Cayó como mosca en miel;
díjele cuatro dulzuras,
encarecile su talle
y está mortal.

CELIA:

¿Qué procuras?

FENISA:

El cuerpo en cueros dejalle
y el alma con mataduras.
Tápate y vamos de aquí,
porque nos venga siguiendo.
VANSE LAS DOS.

TRISTÁN:

¿Eso te ha pasado?

LUCINDO:

Sí.

TRISTÁN:

¿Qué mujer es?

LUCINDO:

No lo entiendo.

TRISTÁN:

Mas que se burla de ti.

LUCINDO:

¿De mí? Pues, ¿qué me ha tomado?

TRISTÁN:

¿Qué piensas tú que es mirar
y hablar tierno y regalado?
Escrituras de pagar
lo que se hubiere gozado.
Y para que no te asombre
esta mi nueva opinión,
advierte que, hablando un hombre
con las mujeres que son
deste trato y deste nombre,
los ojos están diciendo:
«Sepan cuantos esta vieren
que nos estamos rindiendo
a pagar cuanto quisieren
los que nos están vendiendo.
Y renunciemos las leyes
que al discreto dan los reyes,
y al galán por su decoro,
mas no sé si las de Toro,
que donde hay labranza, hay bueyes».
Solamente mientras trata,

la de la non numerata
pecunia queda en su fuerza.

LUCINDO:

Aquí, Tristán, ¿quién me fuerza,
quién me obliga, quién me mata?
Si dije que iría tras ella,
fue porque la vi tan bella.
Pero también puede ser
una principal mujer
y alguna ilustre doncella.

TRISTÁN:

¿Doncella y ilustre? No;
que mujer que tiene lustre,
con alguno se le dio.

LUCINDO:

Pues siendo una dama ilustre,
¿qué pierdo en servirla yo?

TRISTÁN:

¡Dama ilustre junto al mar!

LUCINDO:

¿No pudo salir a ver?

TRISTÁN:

Pudo salir a pescar.
Buscona debe de ser.
Mas, ¿qué te ha de rebuscar?

LUCINDO:

Ahora bien, ¿qué puede hacer
esta mujer, si es mujer
que busca?

TRISTÁN:

Notable daño,
porque de su falso engaño
todo se puede creer.

LUCINDO:

¿Es tomarme mi dinero?

TRISTÁN:

Y eso, ¿es poco?

LUCINDO:

No he vendido,
puesto que vender espero
lo que a Sicilia he traído.

TRISTÁN:

Tú eres lindo majadero.
¿No se lo darás después?

LUCINDO:

No la veré después.

TRISTÁN:

Vamos,
que apenas mueve los pies
para que no la perdamos...
Pero temo que le des
el dinerillo que llevas.

LUCINDO:

Guarda tú la bolsa allá.

TRISTÁN:

Muestra, pero no te atrevas
a dar la cadena.

LUCINDO:

Está
con llave y con guardas nuevas.

TRISTÁN:

¡Quítatela, por mi vida!

LUCINDO:

Toma, guárdala también.

TRISTÁN:

No te enfades que te pida
esas dos sortijas.

LUCINDO:

Bien.

TRISTÁN:

Es esa piedra escogida;
que el decir que los amantes
tiran por las calles piedras,
es por piedras semejantes;
que, a una piedra, tales yedras
son a consumir bastantes.

LUCINDO:

Eso se suele entender,
porque locos suelen ser.

TRISTÁN:

Otro sentido has de dalle:
diamantes echa en la calle
quien sirve una vil mujer.

LUCINDO:

Sin diamantes y dinero
y sin cadena voy.

TRISTÁN:

Vamos,
que si mar la considero,
con causa nos desnudamos
para pasarla primero.

VANSE. SALE DINARDA, EN HÁBITO DE HOMBRE DE CAMINO, Y DOS PAJES, BERNARDO Y FABIO.

DINARDA:

Parece que escupe el mar
muchachos a la ribera.

BERNARDO:

La tierra sé que me espera,
la tierra quiero besar.

FABIO:

Es madre la tierra, en fin,
y como madre sustenta.

DINARDA:

¡Qué temeraria tormenta!

BERNARDO:

No te faltara un delfín,
en quien hallaras ventura,
que te sacara del mar,
como al otro por cantar,
a ti por tanta hermosura.

DINARDA:

¿Qué habemos de hacer los tres,
ya que a Sicilia llegamos,
sin dineros y sin amos?

BERNARDO:

Servir.

DINARDA:

¿Servir?

BERNARDO:

Servir, pues.

DINARDA:

Yo pienso hacerme soldado,
y sueldo del Rey tirar.

FABIO:

Yo no me pienso soldar
porque nunca fui quebrado,
pero si hay un capitán,
le llevaré la jineta.

BERNARDO:

¡Por Dios, que es cosa sujeta!

FABIO:

Cuantos nacieron lo están.

BERNARDO:

¿Cuantos nacieron?

FABIO:

Sí.

BERNARDO:

¿Cómo?

FABIO:

El rey sirve de ser rey,
de hacer justicia, dar ley;
el señor, de mayordomo,
de camarero, de ser
gentilhombre o de la boca,
o el oficio que le toca
a su pesar o placer;

el prelado, de acudir
a su iglesia diligente;
al gobierno, el presidente;
el oidor también a oír;
el alguacil, a prender;
el alcalde, a castigar;
el que es letrado, a abogar,
a defender o ofender;
al proceso, el escribano;
al enfermo, el que es doctor;
el oficial, al señor;
y al hidalgo, el que es villano;
la casada, a su marido;
a su padre, la doncella,
y el padre la sirve a ella
en la comida y vestido...

FABIO:

Mas ¿de qué sirve alargarse?
¿Quién hay que no sirva aquí
en darse a comer a sí,
en vestirse y desnudarse?
Diógenes con ventaja
solamente no sirvió,
pero dicen que vivió
metido en una tinaja.

BERNARDO:

Verdad es que, a sí o alguno,
todos sirven, mas quisiera
que entre los tres no sirviera
ninguno, Fabio, a ninguno.
Los tres somos españoles,
que, en saliendo de su tierra,
o sea en paz o sea en guerra,
se hacen príncipes y soles.
Hagamos lo mismo acá

y, pues de España venimos,
parezcamos lo que fuimos.

DINARDA:

Bien dice.

FABIO:

Bien dicho está.

Oíd: echemos los tres
suertes quién será el señor,
y al que saliere, en rigor,
sirvan los dos.

DINARDA:

Justo es.

BERNARDO:

Añadirémosle un don,
diremos que es caballero,
y aunque con poco dinero,
tendrá mucha presunción.
Acudirá a los soldados,
acompañará al Virrey,
dará ventaja el Rey
y las pagas de criados,
con que alguna principal
mujer de Sicilia venga
donde, por ventura, tenga
ventura a español igual.
¿Qué os parece?

DINARDA:

Que pareces
hombre de Toledo, en fin.

BERNARDO:

¿No es mejor que un amo ruin?

DINARDA:

Digo que sí treinta veces;
porque, en efeto, es servir
a un bellaco mentecato,
que a tres holas tire un plato.

FABIO:

Sí, pero habéis de advertir
que, en entrando en la posada,
juntos hemos de comer,
porque señor no ha de haber,
si está la puerta cerrada.

DINARDA:

Bien ha dicho.

BERNARDO:

Va de suerte.
Tres reales tengo aquí.

FABIO:

¿Son de España todos?

BERNARDO:

Sí.

DINARDA:

Pues bien, ¿de qué nos advierte?

BERNARDO:

Ponlos en este sombrero.
El uno es real castellano,
el segundo valenciano
y de Navarra el tercero;
quien sacare el de Castilla,
ese es rey.

FABIO:

Metó la mano.
Yo he sacado el valenciano.

BERNARDO:

Perdiste.

FABIO:

No es maravilla.

BERNARDO:

Saca tú.

DINARDA:

Saco.

FABIO:

El que queda
me toca.

DINARDA:

Y ser dueño a mí.

FABIO:

¿Es el de Castilla?

DINARDA:

Sí.

FABIO:

El premio se te conceda.

BERNARDO:

Sea en buen hora el señor.

FABIO:

Bien está empleado en ti,
que aunque me cayera a mí,
no fuera el gusto mayor.

BERNARDO:

Por muchos años y buenos
seas dueño de los dos.

DINARDA:

Para serviros, ¡por Dios!,
puedo decir a lo menos.

FABIO:

Con mil razones la suerte
cayó en tu gentil persona.

DINARDA:

Quita el gentil y perdona.

BERNARDO:

Va de nombre.

DINARDA:

Venga.

BERNARDO:

Advierte:
haste de llamar don Juan.

DINARDA:

¿De qué?

BERNARDO:

Escoge.

DINARDA:

Escoger quiero,
que no seré yo el primero.

FABIO:

Famoso nombre es Guzmán.

DINARDA:

Tómasele ya quienquiera.

FABIO:

Será Mendoza.

DINARDA:

Peor,
que no hay morisco aguador
que no se enmendoce.

BERNARDO:

Espera.
¿Quieres Sandoval o Rojas,
Manrique, Zúñiga, Lara,
Cárdenas, Enríquez?

DINARDA:

Para;
todo el calendario arrojas.
El Lara escojo no más:
don Juan de Lara es mi nombre.

BERNARDO:

¡Por Dios, que vas gentilhombre!

DINARDA:

¿Habéis de venir detrás?

BERNARDO:

Pues, ¿eso dudas?

DINARDA:

Aquí
se ve la industria española.
¡Hola, pajes!

BERNARDO:

¡Señor!

DINARDA:

¡Hola!

FABIO:

¡Señor!

DINARDA:

Venid por aquí.

VANSE, Y SALEN FENISA Y CELIA, Y LUCINDO Y TRISTÁN.

FENISA:

Siéntate, por vida mía.

LUCINDO:

¿No ves que es tarde, mi bien?

FENISA:

Lo que en mí es amor, también
en ti ha de ser cortesía.

LUCINDO:

Alégrame tanto el ver
tu casa tan bien compuesta,
que esto tengo por más fiesta
que sentarme.

FENISA:

Hazme un placer:
que lo que te diere gusto
lo lles a tu posada.

LUCINDO:

No me dará gusto nada
con partido tan injusto.
¡Qué bella Cleopatra!

FENISA:

Bella,
porque amando se mató;
que ya por ti hiciera yo
lo que por Antonio ella.

LUCINDO:

¡Qué bello Narciso!

FENISA:

¡Ay, Dios!
No te mires como él;
y si has de ser tan crüel,
parezcámonos los dos:
tú en decir amores tales
y yo en ser Eco a tu llanto.
¿Ríeste?

LUCINDO:

De oír me espanto
que con Narciso me iguales.
No soy, Fenisa, más hombre
que lindo, robusto y fuerte.
¡Oh, qué Porcia!

FENISA:

De su muerte
no quiere amor que me asombre;
que las brasas, los enojos
con que muere, de amor loca,
si le entraron por la boca,
me entran a mí por los ojos.

LUCINDO:

¿Es este Adonis?

FENISA:

Ansí
te imagino yo, viniendo

de caza... ¿Qué estás diciendo?

LUCINDO:

Que parezco al jabalí.
Y lo que aquí cierto es,
es que eres Venus hermosa,
por cuya sangre la rosa
nació de tus blancos pies.
Aquí está la griega Elena.

FENISA:

Y el mismo Paris en ti.

LUCINDO:

¡Buena cama!

FENISA:

Limpia sí,
y por tu esperanza buena.
Mas ¿cómo se me olvidó
regalarte?...

LUCINDO:

Deja agora
regalos.

FENISA:

Celia...

Señora...

FENISA:

Este ¿es mentecato?

CELIA:

No.

FENISA:

Pues, ¿qué sientes?

CELIA:

Que es discreto.

FENISA:

¿En qué lo has visto?

CELIA:

En que ya
viene sin cadena acá.

FENISA:

No lo advertí, te prometo.
Quedo, sin cadena viene.
Él es bellaco.

CELIA:

Y ¡qué tal!
Lo que intentas saldrá mal.

FENISA:

¿Por qué?

CELIA:

Gran defensa tiene.

FENISA:

Engañar, Celia, un cuitado
barbitonto, boquinecio,
no fuera hazaña de precio
ni digna de humor taimado;
pasmarse un ingenio agudo
es lo que se ha de estimar.
¿Cadena sabéis guardar?

CELIA:

Y que se la pesques dudo.

FENISA:

Estudiar con más cuidado;
que engañar a un cauteloso
es pleito dificultoso
que hace estudiar al letrado.
Ábreme esa librería
de engaños, trazas y enredos.

LUCINDO:

APARTE.

¿Qué temes?

TRISTÁN:

Tengo mil miedos
a tu humor y cortesía.
¡Guarda que te ha de engañar!

LUCINDO:

¿En qué, pues tienes el oro?

FENISA:

Circe, tu deidad imploro.

CELIA:

¿El cebo quieres gastar?

FENISA:

Ve por el primer anzuelo.
Traigan aquí colación.
Siéntate, amores.

LUCINDO:

Que son
términos nobles, recelo.
¿Qué he de perder en sentarme?
SIÉNTASE EN DOS SILLAS.

TRISTÁN:

¿Ya te asientas?

LUCINDO:

Calla, loco.

FENISA:

Háblame, mi vida, un poco;
que está en tu mano alegrarme.

LUCINDO:

¿Qué te diré?

FENISA:

Que me quieres,
aunque mientas.

LUCINDO:

No estoy muerto;
mas bien te quiero por cierto.

FENISA:

¿Por cierto? ¡Oh, qué lindo eres!
¿Qué es por cierto? ¿Tú eres, di,
español?

LUCINDO:

Pues, ¿no lo ves?

FENISA:

El por cierto no lo es,
el talle y la lengua sí.
Yo aseguro que en mil años
no ha pasado otro por cierto
a Italia.

LUCINDO:

Que soy, te advierto,
nuevo por reinos estraños.

FENISA:

Bien pareces de Valencia.

LUCINDO:

Somos muy tiernos allá.

FENISA:

El por cierto lo dirá.

Jura luego en mi conciencia;

y queriendo encarecer

lo que a darte gusto cuadre,

di por vida de mi madre,

que bien será menester.

Vesme estar desatinada

y, cuando desto te advierto,

me respondes un por cierto

envuelto en agua rosada.

No, español, yo no te agrado,

o tú quieres bien allá,

que ausencia pena te da.

Oye: ¿estás enamorado?

Por mis ojos, por los tuyos,

por los de amor, aun ciegos,

que te muevas a mis ruegos

y me encarezcas los suyos.

¿Son negros, garzos o azules?

¿Qué pelo, qué humor, qué talle?

¿Pensaste agora en su calle?

Ea, no lo disimules;

en Valencia estás agora.

¿Qué hay nuevo en Valencia? Diga.

TRISTÁN:

¡Oh, socarrona!

LUCINDO:

Mi amiga,

toda Valencia os adora:

esto hay de nuevo. Y si allá

algún gusto me entretuvo,
hasta veros vida tuvo
y, porque os vi, muerto está.
Una mujer me quería
dar a su madre por suegra,
entre blanca y pelinegra,
y el ingenio argentería.
Enviámonos las almas
en papeles cuatro meses,
con requiebros portugueses,
trayendo este amor en palmas.
Vila en una huerta un día,
más cerca, menos hermosa;
hablela, hallela enfadosa,
tocábala, estaba fría.
Salí con menos pasión,
y ofreciéndose esta ausencia,
no dejé cosa en Valencia,
fuera de la obligación.

FENISA:

¡Ay de mí! ¡Cómo era cierto!
¿Que hombre que a mí me agradase
otra amase y me tratase
con traición?

LUCINDO:

Oye.

FENISA:

Hasme muerto.

LUCINDO:

¿Lloras? El lienzo desvía.

TRISTÁN:

¿Hay semejante bellaca?

LUCINDO:

El sol de esas nieblas saca,
regalada prenda mía.
No me des esos enojos.

FENISA:

A fe que tiene él acá
prendas que trujo de allá.

LUCINDO:

Tormento me dan tus ojos,
verdades me hacen decir,
mil jarros de agua me dan.

FENISA:

¿Dónde las prendas están?

TRISTÁN:

¿Hay tan notable fingir?

FENISA:

A fe que era la cadena,
por eso se la quitó.
No lloro sin causa yo.

LUCINDO:

¿La cadena te dio pena?

TRISTÁN:

Él se ablanda. ¡Vive Dios,
que la cadena se anega!

LUCINDO:

Oye, mi vida, y sosiega.

TRISTÁN:

Cadena, volved por vos.

LUCINDO:

Como no traigo dinero,
hasta venderla envié
con Tristán...

TRISTÁN:

Yo la llevé
en casa de un caballero.

FENISA:

Y ¿qué dinero te dio?

TRISTÁN:

No estaba en casa, y dejela.

FENISA:

El picarón me desvela,
pero destos pesco yo.
¿El dinero te ha faltado?
Celia...

CELIA:

Señora...

FENISA:

¿No vienes?

CELIA:

Aquí la conserva tienes.

ENTRA CELIA CON DOS CRIADOS Y UN ESCUDERO CON UNA CONSERVA, PAÑO AL
HOMBRO, TAZA Y SALVA.

FENISA:

Come, mi vida, un bocado.
Ve, Celia, y sácame aquí
el escritorio pequeño.
Melindres come, mi dueño,
del alma que vive en ti;

come, que ya eres señor
desta casa.

TRISTÁN:

¡Qué criados
tan bien puestos, tan honrados!

LUCINDO:

Tristán...

Señor...

LUCINDO:

Grande error
es no creer que esta dama
es persona principal.

TRISTÁN:

Hasta agora pensé mal
de sus obras y su fama;
digo que pido perdón.

FENISA:

¿No bebes?

LUCINDO:

Denme a beber.

TRISTÁN:

Necio has estado en comer.

LUCINDO:

Calla, que ha sido invención;
que el bocado que cogí
le guardé en el lienzo.

TRISTÁN:

Bien.

LUCINDO:

Y luego fingí también
que le comí.

TRISTÁN:

¿Bebes?

LUCINDO:

Sí.

TRISTÁN:

No bebas.

LUCINDO:

¿Qué puede haber
en el vino?

TRISTÁN:

Mucho mal.

FENISA:

No ha comido. ¿Hay cosa igual?
Demonio debe de ser.

LUCINDO:

Agua bebo.

FENISA:

Agua le den.

LUCINDO:

En agua no habrá sospecha.

FENISA:

Este mi engaño sospecha,
y hele de engañar más bien.

SALE CELIA CON UN ESCRITORIO PEQUEÑO.

CELIA:

Ya el escritorio está aquí.

FENISA:

Llégamele luego acá.

CELIA:

¿Tienes la llave?

FENISA:

Aquí está,
que en la manga la metí.

LUCINDO:

¿Qué tienes ahí?

FENISA:

Estos días
muy desproveído está;
bagatelas son, que allá
soléis llamar niñerías.
Estos son guantes, bien puedes
tomar estos cuatro pares.

LUCINDO:

¿Son de ámbar?

FENISA:

Sí, no repares.

LUCINDO:

Hácesme dos mil mercedes.

FENISA:

Pastillas has menester;
no son limpias las posadas.
Seis docenas estremadas
me envió una monja ayer.

Toma, en ese papel van.
¿Qué tengo yo más que darte?

LUCINDO:

¿Con qué puedo yo pagarte?
Perdidos vamos, Tristán.

TRISTÁN:

En estraña confusión
te ha puesto aquesta mujer.

FENISA:

Medias solía tener
de Nápoles.

LUCINDO:

Buenas son.

FENISA:

Tristán...

Señora...

FENISA:

Aquí van
dos pares.

TRISTÁN:

Guárdete Dios.

FENISA:

También las hay para vos;
tomad.

LUCINDO:

¿Qué es esto, Tristán?

TRISTÁN:

¿Qué ha de ser? Indias cifradas
en escritorios de amor.

LUCINDO:

Hácenos tanto favor,
que están las manos turbadas.

FENISA:

Toma este bolsillo.

LUCINDO:

Beso
tus manos. Escucha.

FENISA:

Di.

LUCINDO:

Dineros suenan aquí,
y lo mismo dice el peso.

FENISA:

Cien escudos hallarás,
mientras no tienes dinero;
y por lo que yo te quiero,
que vayas pidiendo más;
que cuando muchos te sobren,
me lo pagarás, si quieres.

LUCINDO:

Hija de Alejandro eres.

LISEO:

Yo te juro que se cobren.

ESCUDERO:

¿Qué pez es este?

LISEO:

No sé.

ESTACIO:

Un mercader valenciano.

LISEO:

Ganando va por la mano.

CELIA:

Perderáse por el pie.

ESTACIO:

Pues que Fenisa le fía,
hipotecado tendrá.

LUCINDO:

Mi señora, tarde es ya,
y también la hacienda mía
quiere un poco de cuidado.

FENISA:

El cielo vaya contigo.
¿Haste de acordar, amigo,
del alma que me has llevado?

LUCINDO:

Cadenas de obligaciones
me acordarán mi ventura,
pues, sin las de tu hermosura,
en las que llevo me pones.
Pienso que sabré pagarte,
aunque si esta nave fuera
de oro puro, no pudiera
deste bien mínima parte.
¡Ojalá fueran sus jarcias
cuerdas de perlas de Oriente,
[.....]
[.....]

el corredor de su popa
fuera de diamantes hecho,
de historias varias el techo,
del pincel mejor de Europa;
y para arrastrar en faldas
de tu ropa ricas telas,
fueran brocado sus velas,
sus árboles de esmeraldas,
la jareta de cadenas,
los trinquetes y mesanas
de rubíes como granas
y de coral las antenas!
Esta te diera en presente
y, en la mitad del fogón,
pusiera mi corazón,
porque ardiera eternamente.

FENISA:

Guárdeteme Dios mil años.
¡Hola! Acompañalde todos.

LUCINDO:

¿Qué es esto?

TRISTÁN:

Notables modos...

LUCINDO:

¿De qué?

TRISTÁN:

De amor o de engaños.

LUCINDO:

Yo presumo que es amor;
que amor en obras se ve.

TRISTÁN:

En el fin te lo diré,
que allá se sabrá mejor.
VANSE LUCINDO, TRISTÁN Y CRIADOS.

CELIA:

A mucho te has atrevido.

FENISA:

Esta es ganancia segura.

CELIA:

Así Dios me dé ventura,
que pienso que te ha entendido.

FENISA:

Pues ¿qué gusto puede haber
como avisar y engañar?

ENTRA EL CAPITÁN OSORIO, DINARDA EN HÁBITO DE CABALLERO, BERNARDO Y FABIO, PAJES.

OSORIO:

¿Puedo entrar?

FENISA:

Puedes entrar.

OSORIO:

Un huésped traigo a comer.

DINARDA:

Vuesa merced, mi señora,
me tenga por su criado.

FENISA:

Seáis, señor, bien llegado.
¿Es de España?

OSORIO:

Y llega agora.

FENISA:

¿Caballero?

OSORIO:

¿No lo ves?

FENISA:

¿El nombre?

OSORIO:

Don Juan de Lara.

FENISA:

Buena cara.

OSORIO:

Linda cara.

DINARDA:

Partí de España habrá un mes,
llegué a Sicilia en el día
de mi vida más dichoso,
pues veo ese rostro hermoso.

FENISA:

Estimo la cortesía.
¿A qué venís?

DINARDA:

A servir
al Rey con los alimentos
de padre y madre avarientos,
hasta quererse morir.

FENISA:

Dios los despache a su cielo.

DINARDA:

Pajes...

BERNARDO:

Señor...

DINARDA:

Responded.

FABIO:

Amén.

DINARDA:

Notable merced
me hiciera.

FENISA:

¡Gentil mozuelo!

DINARDA:

Llegué a un corro de soldados,
hallé al señor capitán,
que es de mi tierra y que están
deudos con deudas casados;
ofreciome su posada,
y, para mayor favor,
me trujo aquí.

FENISA:

Obliga amor
ver vuestra persona honrada;
no hay cartas más efectivas,
para que el favor se halle,
que la buena cara y talle.

OSORIO:

Comamos, Celia, así vivas.

CELIA:

Ya está todo prevenido.

BERNARDO:

Fabio...

¿Qué?

BERNARDO:

Ya la picaña
se inclina al humor de España.

FABIO:

Hablándose están de oído.

BERNARDO:

En entrándose, me llevo.

FABIO:

¿A quién?

BERNARDO:

A la francisquina.

FABIO:

Mas ¿qué? ¿Tenemos mohína?

BERNARDO:

Aqueso niego y reniego,
que está la mujer por mía
desde que el umbral pisé.

OSORIO:

¿Ya me dais celos?

FENISA:

¿De qué?
Vos me enseñáis cortesía.

OSORIO:

Vamos, que yo gusto mucho
que honréis al señor don Juan.

DINARDA:

Tiernas las hembras están.

FENISA:

Escucha, Celia.

CELIA:

Ya escucho.

FENISA:

¡Notable español!

CELIA:

Gallardo.

FENISA:

En mi vida tuve amor,
pero ya fuera mejor
no haberle visto.

CELIA:

Eso aguardo.

FENISA:

De Sevilla dice que es.

CELIA:

Es gente en extremo airosa.

FENISA:

Fuera de la cara hermosa,
me matan piernas y pies.

CELIA:

Tienes lindo gusto.

FENISA:

El mío
este despejo procura,
que del hombre la hermosura
consiste en piernas y brío.

OSORIO:

Venid, don Juan, a comer.

DINARDA:

Pajes...

BERNARDO:

Señor...

DINARDA:

¡Bueno va!

BERNARDO:

¿Pica?

DINARDA:

Picada está ya,
aunque fue sin alfiler.

Acto II

SALEN LUCINDO Y TRISTÁN.

LUCINDO:

No te congoje, Tristán,
que entre y salga quien quisiere;
parientes suyos serán.

TRISTÁN:

Por mí, sea lo que fuere
este español capitán.
Bien sé que en un mes y más
que ninguna cosa das
y mil regalos recibes.
Seguro de engaños vives,
pero de amor no lo estás.
Quien no da no tiene acción
a pedir celos, ni hacer
de agravios demostración.
Solo el dar en la mujer
alcanza jurisdicción;
ese, al injusto adulterio
del trato noble y sencillo,
puede llamar vituperio,
porque tiene horca y cuchillo
con su mero y mixto imperio.

TRISTÁN:

Mas has de advertir también
que la vas queriendo bien;
y aunque no te cuesta nada,
¡bueno quedas, si se enfada
y te trata con desdén!
Que por ver que la desvía
de tu gusto otro interés
que enriquecerla porfía,
lo que no has dado en un mes
vendrás a darle en un día.

LUCINDO:

No pienso yo que Fenisa,
Tristán, por otro me deje,
que eso de interés es risa.

TRISTÁN:

Amor, ostinado hereje,
las mismas verdades pisa.
El que en mujer se confía
lejos está de discreto.

LUCINDO:

No ha sido la culpa mía;
es la hermosura, en efeto,
una breve tiranía.
Todos los sabios de Grecia,
que vieran que una mujer
cuanto es interés desprecia
con hidalgo proceder,
y que no es fea ni es necia,
Diógenes o Timón,
que jamás trató con gente,
que vieran tanta afición,
se rindieran tiernamente
por amor u obligación.
Yo me resistí unos días,

mas, viendo tantas verdades,
rendí mis vanas porfías.

TRISTÁN:

Con razón me persüades.

LUCINDO:

Venció las sospechas mías.

TRISTÁN:

Al principio fue el error. <poem>

TRISTÁN:

No reprehendo el entrar
en su casa, pues no hay dar
el valor de un alfiler...

LUCINDO:

Pues ¿qué dices?

TRISTÁN:

El querer.

LUCINDO:

No lo he podido escusar.
Es bellísima, Tristán,
y es justo que consideres
partes que en el alma están.
La hermosura en las mujeres
es gracia que a todos dan.
El villano y el señor
ven la hermosura exterior;
la más cuerda o la más loca
para cualquiera se toca,
pues ha de verla en rigor.

LUCINDO:

Sola una vez la hermosura
goza el que llevó la palma;
lo que es nuevo poco dura,
lo que es secreto es el alma;
esta el amor asegura,
esta se muestra en el trato,
desta nace mi afición.
Ya no hay amar con recato,
que, tras tanta obligación,
fuera bajeza de ingrato.
Yo la adoro, porque sé
que es verdadero su amor.
Ya por esta puerta entré,
de interés competidor:
no es bien que celoso esté.

LUCINDO:

Este español capitán
y otros que entran en su casa,
ninguna pena me dan,
porque es cosa que no pasa
de conversación, Tristán;
fuera de que yo he venido
y me iré cuando quisiere,
gustoso y entretenido,
a donde verla no espere
y el ausencia cause olvido.
Contaré en Valencia el cuento
a los amigos y damas
con grande gusto y contento...

TRISTÁN:

Con razón cuento le llamas.

LUCINDO:

¿Llamaron?

TRISTÁN:

Sí.

LUCINDO:

Gente siento.

SALE CELIA, CON MANTO, Y EL ESCUDERO CON UN TABAQUE CON UN TAFETÁN
ENCIMA CUBIERTO.

CELIA:

¡Qué descuidado estarás
desta visita!

LUCINDO:

Jamás,
Celia, lo estoy de tu dueño.

CELIA:

Allá nos quitas el sueño
y acá sin memoria estás.
Más qué, ¿agora te levantas?

LUCINDO:

No duermen los mercaderes
tanto, y más con penas tantas.

CELIA:

¿Penas, si adorado eres?

LUCINDO:

¿De que las tenga te espantas?

CELIA:

Quisiera, para un presente
que traigo, hallarte acostado,
y este viejo impertinente
tan tarde se ha levantado
-como ya ni ve ni siente-
que a mediodía he venido.

ESCUDERO:

Siempre me culpas a mí
de tu descuido y olvido.

LUCINDO:

¿Qué traes, mi Celia, aquí?

CELIA:

Seis camisas he traído.
Mira ¡qué flamenca Holanda!,
pues no pienses que esto es randa.
Todo es fina cadeneta
de la aguja más perfeta
y de la mano más blanda.

LUCINDO:

De la limpieza lo arguyo.

CELIA:

Este es corazón.

LUCINDO:

Y ¿cúyo?

CELIA:

De quien te le tiene dado;
que más puntas que ha labrado
le quedan pasando el suyo.
Mandome que te vistiese
la mejor y te dijese
que ojalá que ella pudiera
servirte de camarera,
y que un abrazo te diese.

LUCINDO:

Ese te daré yo agora,
y a aquella tan gran señora
iré a llevarle después

mil besos para los pies
de donde nace el aurora.
Trae, Tristán, esa pieza
de tela, que Celia lleve
a su celestial belleza;
que es encarnada, y su nieve
tendrá mayor sutileza.

TRISTÁN:

Yo voy.

CELIA:

Deténte, Tristán,
que sé que me matarán
si la llevo.

LUCINDO:

¡Cosa estraña!
Mucho Fenisa se engaña,
porque cuantos aman dan;
y esto no fuera interés,
que fuera señal de amor.

CELIA:

Este es su gusto; después
podrás reñirla mejor,
cuando en su brazos estés.

LUCINDO:

Ya que ella es de condición
tan esquiva, tú bien puedes
tomar en esta ocasión
estos escudos.

CELIA:

Mercedes...
Como de tus manos son,
no los he de recibir.

LUCINDO:

Pues aquí no lo verán.

ESCUDERO:

Las paredes lo dirán,
que todas saben oír.

LUCINDO:

¡Notable mujer, Tristán!

TRISTÁN:

Pintar en el viento quiero
y un monte soberbio entero
de átomos del sol hacer,
pues he visto una mujer
enemiga de dinero.
Antes pensé que la mano
un letrado, un alguacil,
[.....]
un médico y un escribano,
un barbero, un cirujano,
huyera al darle dinero,
que una dueña quintañona
y un reverendo escudero.

LUCINDO:

Todo Fenisa lo abona;
con justa causa la quiero.
Dile, Celia, que esta tarde
la iré a ver, y que me aguarde
con el deseo que estoy.

CELIA:

A pedir albricias voy.

LUCINDO:

El cielo, Celia, te guarde.
Pero ¿qué miras?

CELIA:

Tu cama
me mandó mirar mi ama,
si señal se puede ver
de haber dormido mujer.

LUCINDO:

¿Celos?

CELIA:

Tienes mala fama.
También para que mirase
las sábanas y almohadas,
porque de allá te enviase
unas de aljófar labradas.

LUCINDO:

¡Grande amor!

CELIA:

Por celos pase,
que está ya que es compasión
con tanta cara la triste.

LUCINDO:

Conozco mi obligación.
Adiós.

CELIA:

Adiós.

TRISTÁN:

Tú naciste
de pies.

LUCINDO:

Mis venturas son.

VANSE TODOS, Y SALEN ALBANO Y CAMILO.

CAMILO:

¿De qué os hacéis tantas cruces?

ALBANO:

¿No me tengo de espantar?

¿A qué más pueden llegar
unos bríos andaluces?

CAMILO:

Luego ¿dais en que es mujer?

ALBANO:

Si no es mujer, estoy loco.

CAMILO:

No será mucho.

ALBANO:

No es poco,
si ya no hay más que perder.

CAMILO:

¿Vos no veis que es desatino
ver un mancebo y decir
que es mujer?

ALBANO:

¿Quién puede ver
la fuerza de su destino?
En la más bella ciudad
que mira el sol en Europa,
pues todo el oro que cría
es para hacerle corona;
en la gran puerta de España,
pues, abriéndola a dos flotas,

entra por ello el gobierno
universal para todas;
en Sevilla, y en la calle
Baños de la Reina Mora,
nació Dinarda, Camilo,
tú juzgarás si es hermosa,
que yo desde que la vi
juzgaba que della sola
hiciera Zeusis de Elena
la estampa maravillosa.
Servila, y después de un año
de paseos y de rondas,
papeles y diligencias
de terceras cautelosas,
rindiose a solo escribirme,
que, si dijera otra cosa,
a mi verdad y a su sangre
haría ofensa notoria.

ALBANO:

Todo aqueste amor fue en letras,
que a letra vista se cobran,
mas no se pagó ninguna,
aunque se acetaron todas.
No hay estilo tan dichoso
que no corte y interrompa
el acelerado rayo
de una estrella rigurosa.
Tiene el duque de Medina
-ya entenderás que es Sidonia-
junto a su casa en Sevilla
un corredor de pelota.

ALBANO:

Como era todo en un barrio,
frecuentaba a todas horas
su juego, o viendo o jugando,

que va esta edad por la posta.
Tiene aqueste corredor,
no enfrente, sino en la popa,
las armas de los Guzmanes,
y, sobre el timbre y las hojas,
que con diversos penachos
cercan el escudo y orlas,
al gran don Alfonso Pérez
de Guzmán -y el Bueno nombran-
sobre el muro de Tarifa,
que al moro la daga arroja
para que mate a su hijo
-¡divina hazaña española!-,
y, debajo de las armas,
aquella sierpe espantosa
que mató en África, haciendo
la hazaña de Heracles corta.

ALBANO:

Entra por la boca el asta,
sale por las duras conchas
el hierro bañado en sangre,
ciñe el escudo la cola.
Estas armas, timbre y sierpe,
que aquesta pared adornan,
un día estaba mirando
grande juventud ociosa,
porque, acabado un partido
y desde una parte a otra,
peloteándose andaban,
por ser la tarde lluviosa.
Dio un caballero a la sierpe
un pelotazo en la boca,
y dijo: «En África había
una contienda dudosa
sobre quién mató esta sierpe,
pero sepan desde agora

que yo la he muerto, pues hay
testigos desta pelota».

ALBANO:

Respondí, aunque era de burlas,
por la afición que me toca
a la casa de Medina:

«Cuando el moro hurtó la honra
en África a don Alonso
desta sierpe venenosa
la boca le mandó abrir,
faltó la lengua, mas diola
don Alonso; y así el moro
perdió el crédito y la joya».

«Miraré yo si la tiene»,
me replicó. Yo, la cólera
revuelta, asile del brazo
y dije: «Lo dicho sobra;
que el Guzmán que tiene allí
daga, si cortáis su gloria,
os la tirará a los pechos».
¡Mira qué ocasión tan loca!

ALBANO:

Era su mayor amigo
un hermano de la diosa
que idolatraban mis ojos,
pues fui de los suyos Troya.
Llegó y dijo: «Si esta sierpe
saliera echando ponzoña
de donde la veis pintada,
alguno que aquí blasona
huyera, mientras mi primo
la despedazaba y, rota,
honraba también sus armas,
como el Guzmán de Sidonia».

Respondí, sin reparar

en amor ni en otra cosa:
«Pues veamos quién la mata,
quién huye o quién se alborota,
que yo quiero ser la sierpe
de Guzmán, aunque Mendoza».

ALBANO:

Dije y, alzando la pala,
antes de sacar la hoja,
le di con ella en los pechos;
y como si la persona
del propio Guzmán saliera
a la defensa forzosa,
despejan el corredor,
donde tras esta deshonra
salieron heridos tres
y yo con justa vitoria.
Mis padres, deudos y amigos,
por escusar la discordia
que ya en todos se engendraba,
por discreto acuerdo toman
que me pasase a Sicilia,
y por cartas me acomodan
con el de Feria, virrey
de aquestas islas famosas,
donde el ausencia y el tiempo,
que cuanto quieren transforman,
mudándome de Dinarda,
de Fenisa me enamoran,
en cuya casa hoy he visto
este español, esta sombra,
que si no es ella, una estampa
las hizo. Esta fue mi historia.

CAMILO:

Oíd, que salen los dos.
No paséis más adelante.

ENTRAN FENISA, DINARDA, BERNARDO Y FABIO.

FENISA:

¿No quieres tú que me espante
de tu desdén?

DINARDA:

No, ¡por Dios!,
sino estar agradecida
a la lealtad que he mostrado
al capitán.

FENISA:

Tú has vengado
muchos de quien fui homicida.
Mas mira que pensaré
que es miedo, y que no es lealtad.

DINARDA:

Sabe amor que esto es verdad.
Con él en tu casa entré,
él me trujo, él te ha servido.
¿No ves tú que no es razón
que haga tan vil traición
a un hombre tan bien nacido?
Si solo y por mí te viera,
¡ay, Dios, cuán bien me empleara!
¡Qué de veces te abrazara!
¡Qué de amores te dijera!
Mi ventura no lo quiso,
sino que en este accidente
fuesen tus ojos la fuente,
y yo su loco Narciso.
Tántalo soy: ya me toca
el morir y enloquecer,
pues no te puedo beber
tiniendo el agua a la boca.

FENISA:

Bien puedes tú con secreto
ser dueño de quien te adora.

DINARDA:

No me lo mandes, señora;
que soy noble te prometo.
Osorio me trujo aquí;
débole amor y dinero.

FENISA:

Pagarte esas deudas quiero.

CAMILO:

¿Es ella, en efeto?

ALBANO:

Sí.

CAMILO:

Pues, ¿cómo tratan de amor
dos mujeres? ¡Loco estáis!
Mas, ¿por qué no os informáis
destos dos pajes mejor?

ALBANO:

Aguardad, por vida mía.
¡Ah, hidalgo!

FABIO:

¿Dechite a me?

ALBANO:

A vos digo, si podré
hablaros en cortesía.

FABIO:

Di gracia, patrón, ¿que cosa
me volite?

ALBANO:

Estoy sin seso.

FABIO:

Parlati, siniore, adesso.

ALBANO:

¡Ay, bella Dinarda hermosa!
¿Quién es este caballero?

FABIO:

¿Questo gentilhomo?

ALBANO:

Sí.

FABIO:

El sinior Rugero.

ALBANO:

Ansí
su nombre propio es Rugero.
Pues ¿de dónde es?

FABIO:

Veneciano,
aunque venuto de Roma.

ALBANO:

¿No es español?

CAMILO:

¡Qué ira toma!

FABIO:

¡Guarda, español marrano!
¡Cancaro che venga a tuti
li traditori spagnoli,
furfanti, ladri, marioli,
assasini per tre escuti!

ALBANO:

Camilo, ¡cosa inhumana!
¡Por Dios, que me vuelvo loco!

FABIO:

Expecta, di gracia, un poco
la cançione chichiliana:
Se tuta la Chichilia
fose macarrone,
el faro di Micina
vino moscatelo,
el monte Mongibelo
formacho gratato,
e tutto lo spagnolo
fossino amazato,
¡como triunfaria
lo chichiliano!

CAMILO:

Basta, que ya el pajecillo
os da la vaya.

ALBANO:

Aguardad,
que él me dirá la verdad.

FABIO:

Apenas puedo sufrillo.

BERNARDO:

Disimula, Fabio, un poco;
no conozcan a Dinardo.

FABIO:

Muero de risa, Bernardo.
¿Hablo bien?

BERNARDO:

Vuélvesle loco.

ALBANO:

Pilla este escudo, fanchiulo,
y dime...

FABIO:

¿Que voi di me?

ALBANO:

Esta, ¿es mujer?

FABIO:

¿Como? ¿Que?
¿Volite pillar trastulo?
¿Donna lo siniore mio?
¡Ohimè! ¿Que diavolo è questo?

ALBANO:

Yo sé que de hombre se ha puesto.

FABIO:

No me fastidiar, ¡per Dio!,
ne mi facha intrar in colera.
¡Femina far lo siniore!

BERNARDO:

¿Femina?

FABIO:

Si.

BERNARDO:

¡Hu, traditore!
Tache per tua vita e tolera.

CAMILO:

Necio andáis.

ALBANO:

¡Cómo?

CAMILO:

¡Por Dios...!

ALBANO:

En vuestra malicia he dado.

CAMILO:

¡Que pienso que han sospechado
alguna fealdad de vos!

ALBANO:

Pues, ¿preguntar si es mujer
os parece sospechoso?

CAMILO:

Que nos vamos es forzoso.

ALBANO:

Y forzoso enloquecer.

CAMILO:

Hablad después a Fenisa;
que nadie os dirá mejor
si es hombre o mujer.

ALBANO:

¡Oh, amor!...

VANSE ALBANO Y CAMILO.

FABIO:

Muriéndome estoy de risa

BERNARDO:

¿Fuéronse?

FABIO:

Los dos se van.

BERNARDO:

Pues yo sé, Fabio, que quedo
con más malicia que miedo.

FABIO:

¿Qué sospechas te le dan?

BERNARDO:

De que Dinardo es mujer.

FABIO:

Eso me parece a mí,
aunque nunca me atreví
a procurallo saber;
fuera de que está Fenisa
loca por él.

BERNARDO:

Es verdad,
aunque la dificultad
con que la trata me avisa.

FABIO:

Luego el respeto que tiene
al capitán, ¿es fingido?

BERNARDO:

Pienso que todo lo ha sido
y que de otra causa viene.

FABIO:

Desde hoy emprendo saber
si es mujer.

BERNARDO:

Y yo, ¡por Dios!

FABIO:

Pues comencemos los dos
desde ahora a pretender.

FENISA:

En fin, don Juan, ¿te resuelves
a no pagar este amor?

DINARDA:

Conociendo mi valor,
Fenisa, ¿a probarme vuelves?
Haz una cosa: da traza
que este capitán se ausente,
pues tú podrás fácilmente
esto o mudarle la plaza;
y en su ausencia te prometo
corresponder a tu amor.

FENISA:

Pues, mi bien, de tu valor
fío, y la palabra aceto.

ENTRA CELIA.

CELIA:

Aquí está Lucindo.

FENISA:

¿Quién?

CELIA:

El mercader de Valencia.

FENISA:

Dame, mis ojos, licencia.

DINARDA:

Licencia tienes, mi bien.

VANSE FENISA Y CELIA.

DINARDA:

Siguiendo un loco pensamiento vine
desde Sevilla hasta Sicilia, cielos;
de vergüenza y honor rompí los velos,
que no hay cosa que amor no desatine.
Mas ¿qué le sirve al alma que camine
entre tantas congojas y desvelos,
si sacándome amor, me vuelven celos,
y no sé de los dos a cuál me incline?
Aquí le hallé con nuevo pensamiento
el alma, el gusto en otro amor extraño,
con que mudó mi desatino intento.
No más perjura fe, no más engaño,
que es para heridas de un amor violento
divina contrayerba el desengaño.

SALEN LUCINDO Y TRISTÁN.

LUCINDO:

¿No le dio Celia mi recado?

TRISTÁN:

Pienso
que tiene algunos huéspedes Fenisa.

LUCINDO:

¿Es caballo de Troya aquesta casa,
que siempre está preñada de armas y hombres?

TRISTÁN:

Pues ¿cuál audiencia pública, Lucindo,
igualala al patio de una cortesana?
Aquí tiene sus horas y aquí juzga.
Verás los abogados y terceros,
los solicitadores y escribanos,
procesos de papeles que le envían
sobornos de regalos y presentes,
pleitos en vista, pleitos en revista...
A unos despacha y a otros entretiene,
como tienen favor o traen dineros.

LUCINDO:

¿Quién es este español que tan solícito
frecuenta aquesta casa?

TRISTÁN:

Este es... Sospecho
que es el del alma.

LUCINDO:

Y yo ¿qué soy?

TRISTÁN:

Del cuerpo.

LUCINDO:

Donaire tienes. Si Fenisa vive
en el cuidado que la ves conmigo,
si le cuesto regalos y dineros,
¿cuál otro puede haber que sea del alma?

TRISTÁN:

¡Qué chapetón estás en estas Indias!
¿No sabes tú que hay almas en que caben
más de dos y de tres y de trecientos?
Cuando ves escribir treinta papeles
una buena señora a treinta amantes,
cuando ves que otros tantos la visitan,

cuando ves que a uno pide el coche, a otro
la basquiña, a cual tiene dentro en casa,
a cual habla en la reja, a cual de noche,
¿has de pensar que es alma edificada
a la traza de un grande monesterio,
en que hay su dormitorio con sus celdas,
que de una puerta adentro caben todas?

LUCINDO:

Hablaros, caballero, he deseado.

DINARDA:

No menos yo, que os soy aficionado.
Mas si es de celos de Fenisa, os pido
no los tengáis de mí, porque a su casa
me ha traído cuidado diferente.
¿Cuándo os volvéis a España?

LUCINDO:

Yo he pensado
que por todo este mes, porque a mi gusto
he despachado cuanto della truje,
mas tiéneme cautivo el desta dama.

DINARDA:

Con vos me pienso ir hasta Valencia,
aunque soy de Sevilla, porque quiero
ir a la corte y pretender en ella
la remuneración de mis servicios,
primero que a mi patria vuelva.

BERNARDO:

Diga,
señor lacayo, ¿es español acaso?

TRISTÁN:

Y ellos, ¿qué son? ¿Señores pajarotes?

FABIO:

Noi altri semo certi gentilhomini,
venuti adesso, adesso de Venecia.
Diga, di gracia, e non montar in colera,
como se chiama in España quella lira
con que fanno ai caballi chiquichiqui.

TRISTÁN:

Llámase el diablo que te lleve.

BERNARDO:

¿Deso
no más se corre un hombre tan discreto?

TRISTÁN:

¿No saben qué han de hacer, señores pajes?
Tener respeto a un hombre de mi término.

FABIO:

Sopra la mia parola, estate sano.

TRISTÁN:

No entiendo de parola; háganse afuera,
que les daré, en mi lengua, cuatro coces.

FABIO:

Bene dice, ¡per Dio!, l'è una bestia.

LUCINDO:

Pues tendré a gran merced que nos hablemos.

DINARDA:

A donde digo estoy.

LUCINDO:

Iré a buscaros.

BERNARDO:

Fabio, don Juan se va.

FABIO:

Señor lacayo,
a revederçe al altro mondo.

TRISTÁN:

¡Pícaro!
Caballero soy yo.

FABIO:

Me recomendo.

DINARDA:

¿Pajes?

BERNARDO:

Señor...

DINARDA:

Hacia palacio vamos.

BERNARDO:

¿Qué hay de Fenisa?

DINARDA:

Amores y promesas.

FABIO:

¿No te da nada?

DINARDA:

Ya se va trazando.

BERNARDO:

¿Parécete mujer?

FABIO:

Probarlo puedo;
mas es probar cuchillo con el dedo.

VANSE DINARDA, BERNARDO Y FABIO, Y ENTRA CELIA.

CELIA:

Mi señora te suplica,
Lucindo, que la perdones;
que por ciertas ocasiones
que aquí no te significa,
no puede salir a verte.

LUCINDO:

Ya, Celia, me dio a entender
que no es posible querer
la mujer que se divierte.
Está muy entretenida;
es lindo don Juan de Lara.
Habrá picado en la cara;
ahí, Celia, estará perdida.
Conozco su condición;
toda mujer que profesa
esta cólera francesa
no es firme de corazón.
¡Bueno quedaré yo agora,
que su amor loco en exceso
me ha puesto!

CELIA:

No digas eso,
Lucindo, de mi señora,
que eres la vida por quien
recibe aliento vital,
y aunque el verte le esté mal,
ella lo dirá más bien.

VASE.

LUCINDO:

Escucha.

TRISTÁN:

Enojada fue.

LUCINDO:

¿Qué le dije?

TRISTÁN:

Ha sido error
llamar fingido su amor.

LUCINDO:

¿Qué es esto, Tristán?

TRISTÁN:

No sé.

SALE FENISA, DE LUTO, CON UNA CARTA EN LA MANO, Y CELIA.

LUCINDO:

¡Luto vos, señora mía!
¿Qué toca es esa y qué llanto?

FENISA:

Para no afligiros tanto.
no veros, mi bien, quería;
mas como allá dentro oí
ofender mi justo amor,
estimo tanto mi honor,
que a defenderle salí.
Vos sois la vida que vivo,
vos los ojos con que veo,
el gusto con que deseo
el que de veros recibo.
Sois el aire que alimenta
las alas del corazón,
vos sois la respiración
que para vivir me alienta.
Sois el nervimiento mío,

sois la fe de mi verdad,
la ley de mi voluntad,
el alma de mi albedrío.
Y pues en tanto dolor
os hablo tan tiernamente,
creed que no es accidente,
sino verdadero amor.

LUCINDO:

Fenisa y fénix, en quien
se abrasa el alma que os di
para renovarse en mí,
¿qué es lo que tenéis, mi bien?
¿Qué os puede haber sucedido,
dulce prenda destos ojos,
que en nubes de agua y de enojos
vuestro sol tiene escondido?
¿Qué luto es este que enluta
tu resplandeciente esfera?
¿Qué ocasión en ti tan fiera
su sentimiento ejecuta?
¡Vos eclipsada, mi sol!
¿Vos con cercos de agua y llanto?
¡Que dure mi vida tanto!

FENISA:

¡Ay, mi adorado español!
Si queja podéis tener,
es que estando vos presente
me pueda ajeno accidente
afligir y entristecer.
Mas si sabéis la ocasión,
pienso que disculparéis
estas lágrimas que veis
porque, en fin, de sangre son.

LUCINDO:

¿Cómo de sangre?

FENISA:

Pues ya
todo saberlo queréis,
en esta carta veréis
la causa y quién me la da.
LEE LUCINDO LA CARTA.

LUCINDO:

«HERMANA MÍA, Y LA POSTRERA VEZ QUE PODRÉ LLAMAROS HERMANA: A MÍ ME HAN SENTENCIADO A MUERTE EN VISTA Y REVISTA. LA PARTE, POR RUEGOS DEL PRÍNCIPE DE BUTERA, PERDONA POR DOS MIL DUCADOS. NO TENGO HUMANO REMEDIO DE PAGARLOS; SI ALLÁ HUBIERE ALGUNO, VUESTRA SANGRE SOY; Y QUE ANDUVE EN LAS ENTRAÑAS MISMAS DONDE ANDUVISTES. DE MECINA, ETC. CAMILO FÉNIX».
¡Estraña carta!

CELIA:

¡Ay de mí,
que se cayó desmayada!

TRISTÁN:

La carta es tierna.

LUCINDO:

¡Mi amada
Fenisa!

TRISTÁN:

¿No hay agua?

CELIA:

Sí.

LUCINDO:

Pero no vayas por ella,
que están mis ojos presentes,
que es vergüenza de otras fuentes

que de las tuyas traella.
Coge aquí, Celia, aunque tanto
dolor tiene el pecho lleno,
que podrá darle veneno
una drama de mi llanto.
¡Ah, mi bien! ¿Vivís? Mas ¿quién
preguntara tal error?
Vivir ya es señal mayor,
porque vos viváis también.
Volved en vos, que habrá medio
para ese mal.

FENISA:

¡Ay, mi hermano!

LUCINDO:

¿Habla?

TRISTÁN:

Sí.

LUCINDO:

Amor soberano
de tu piedad fue remedio.
León fue mi sentimiento,
que la muerta gloria mía
volvió a la vida que había
llegado al último aliento.
¿Qué puedo yo hacer por vos
y ese desdichado hermano?

FENISA:

Todo remedio es en vano.

LUCINDO:

Pues busquémoslo los dos.

FENISA:

El que en esto puede haber
es que, pues habéis vendido
la hacienda que habéis traído,
según dijisteis ayer,
sobre mis joyas y hacienda
me prestéis dos mil ducados;
que estos rigores pasados...

LUCINDO:

No tratéis, mi bien, de prenda,
que no es pequeña el amor
y obligación que yo os debo.

FENISA:

Herrarme queréis de nuevo.
Tenéis español valor.

LUCINDO:

Pero advertid, gloria mía,
que un mercader sin dinero
es como amor sin tercero,
es como sin luz el día.
Habéisme de prometer
pagar en breve, que ya
mi partida cerca está,
y será echarme a perder.

FENISA:

Luego que salga mi hermano,
unas casas venderemos
que cerca de aquí tenemos,
y os pagaré de mi mano.
Pero tomad, por mi vida,
mis joyas: yo gusto desto.

LUCINDO:

Tristán, parte a casa presto,
y en el arca guarnecida

un gato hallarás que tiene
en oro dos mil ducados.
Esta es la llave.

CELIA:

¡Qué honrados
pensamientos!

FENISA:

Al fin viene
de tierra ejemplo en el mundo
en hacer bien y amistad.

LUCINDO:

Más debo a tu voluntad.

FENISA:

Débesme un amor profundo.

LUCINDO:

¿No vas, Tristán?

TRISTÁN:

Sí, señor.

LUCINDO:

Pues ¿qué miras?

TRISTÁN:

¿Estás loco?

LUCINDO:

Déjame ser noble un poco
y no ingrato a tanto amor.
Yo conozco esta mujer
y yo lo sabré cobrar.

TRISTÁN:

Las joyas puedes tomar.

LUCINDO:

Cuando fuere menester.

VASE.

FENISA:

¿Qué os dice Tristán?

LUCINDO:

Querría
que vuestras joyas tomara.
Es mercader, y repara
en prendas.

FENISA:

¡Por vida mía...!

LUCINDO:

Por vida vuestra, mi bien,
que basta un cabello en prenda
de más oro; y nadie entienda
que otra quiero que me den.
Las almas, ¿tienen valor?

FENISA:

¿Qué mayor?

LUCINDO:

Si se celebra
que de cada sutil hebra
cuelga mil almas amor,
¿qué más prenda que un cabello
donde mil almas están?
Mas voy a ver si Tristán
yerra o acierta con ello,
para que lo traiga al punto.

FENISA:

Vente hoy a comer conmigo,
bizarro español.

LUCINDO:

Yo digo
que vendré.

FENISA:

Y contigo junto
vendrá todo el bien que tengo.
Ven, mi señor, y encamina
este dinero a Micina.

LUCINDO:

Espérame, que ya vengo.
VASE.

FENISA:

¿Fuese?

CELIA:

La escalera abajo.

FENISA:

Mamola su señoría.

CELIA:

Mientras vemos luz, es día.
No hagas fiestas y habla bajo,
que se puede arrepentir
de aquí a la posada el hombre.
Mas, ¿a quién hay que no asombre
tu artificioso vivir?

FENISA:

Calla, que es cosa de risa
cómo eso pescar verás.
No se ha de olvidar jamás

el anzuelo de Fenisa.
Quedo, que llaman.

CELIA:

¿Quién sube?

FENISA:

Mira si maula aquel gato.
SALE TRISTÁN.

TRISTÁN:

Para no mostrarme ingrato,
ni un instante me detuve.
Aquí viene aquel dinero.

FENISA:

Muestra a ver. Escudos son.
Tristán, pillá este doblón
y dile a aquel caballero
que venga luego a comer,
que le aguardo agradecida,
y vuélvete, por mi vida,
que tengo un poco que hacer.

TRISTÁN:

De lo prestado barato...
¡oh, qué mal indicio es!
Este ratón al revés
nos ha cogido este gato.
VASE.

FENISA:

¿Bajose?

CELIA:

Iba murmurando.

FENISA:

También murmuran los ríos,
y de oír y ver sus bríos
se están los peces holgando.
¿Será gran descompostura
besar este gato?

CELIA:

No,
que es de algalia, y pienso yo
que de su aliento asegura.

FENISA:

Ves aquí, Celia, a Lucindo
besado en forma de gato.

CELIA:

¿No hay mujer que sin recato
quiere y besa a un perro lindo?
Pues, ¿por qué no besarás
un gato que es como un oro?

FENISA:

Yo lo diera a quien adoro.

CELIA:

No lo digas. Loca estás.

FENISA:

Quiero a don Juan que me pierdo.

CELIA:

Llama a ese gato don Juan.

FENISA:

¿Llaman?

CELIA:

Sí, llamando están.

FENISA:

Pues con dinero me acuerdo
de amor, gran mal me apercibo.
Guarda este Lucindo en pelo.

CELIA:

Voy.

FENISA:

Cierra bien, que recelo
del alma de oro que es vivo.
VASE CELIA Y SALE EL CAPITÁN OSORIO.

OSORIO:

Después que vives ya tan recogida,
Fenisa, que a tu puerta y tu ventana
apenas hay un hombre que resida
un hora de la tarde o la mañana;
después que has dado en reducir tu vida
al estilo y manera valenciana,
ni admites juego ni conversa quieres,
que bien medran con esto las mujeres.
Solía yo ser tu galán de esquina,
el bravo de tu puerta y el matante,
el que echaba los hombres en cecina,
y de tu encantamento era el gigante.
Ya duermes, como tímida gallina,
debajo de las alas de tu amante,
y antes que el sol acabe su carrera,
no hay una mosca de tu puerta afuera.
Estás enamorada, que parece
cosa imposible en condición tan loca.
¿Qué luto es este y qué desdén que ofrece
tu vista y el silencio de tu boca?
¿Es don Juan, por ventura, el que merece
volver en agua tu cristal de roca?
Dame parte de todo como amigo.

FENISA:

Bien tengo, capitán, que hablar contigo.
Siempre al favor de tu española espada
en Sicilia viví, gallardo Osorio,
siempre, con libertad o enamorada,
mi pecho te mostré claro y notorio.

OSORIO:

Mira que traigo una camarada,
no para alfeñicarse en locutorio,
sino para provecho de tu casa.

FENISA:

Pues suban todos, y hasta el dueño abrasa.

OSORIO:

¡Oh, soldados! ¿Que digo? Ya hay licencia.
SALEN MUY GALLARDOS CAMPUZANO, TRIBIÑO Y OROZCO.

CAMPUZANO:

Beso a vuesa merced las manos.

TRIBIÑO:

Todos
nos remitimos ya a su elocuencia.

FENISA:

¿Españoles? Haránse de los godos.

OROZCO:

¿Hay sillas?

FENISA:

Celia...

Bueno en mi conciencia.

FENISA:

¿Guardaste aquello?

CELIA:

Está cuarenta codos
debajo de la tierra.

FENISA:

Bien has hecho.

CELIA:

¿Qué chusma es esta? ¿Es gente de provecho?

FENISA:

Soldados y españoles, plumas, galas,
palabras, remoquetes, bernardinas,
arrogancias, bravatas y obras malas.

TRIBIÑO:

Siempre me agradan estas francisquinas.

OROZCO:

¡Que siempre en agua de fregar resbalas!

TRIBIÑO:

Vos sois poeta, allá cosas divinas...

OROZCO:

No sé, a fe de soldado, desta seta.
Verdad es que en España fui poeta.

CAMPUZANO:

Y ¿érades vos de aquellos impecables,
cuyos versos distila en alambique
la culta musa?

OROZCO:

Fui de los palpables,
imitador de Laso y de Manrique.

OSORIO:

Juguemos.

TRIBIÑO:

Vengan dados.

OSORIO:

Como entables
juego en tu casa y español se pique,
habrá día que valga cien ducados,
y docientos es poco.

CAMPUZANO:

Traigan dados.

VAN LLEGANDO UN BUFETE, METE UN ESCUDERO EN UNA SALVILLA LOS DADOS; COMIENCEN A ECHAR, Y ENTRA TRISTÁN.

TRISTÁN:

¿Puedote hablar?

FENISA:

¿Qué me quieres?

TRISTÁN:

Mi señor queda a la puerta.

FENISA:

¿Qué quiere?

TRISTÁN:

Comer, si acierta.
¡Gracias sois las mujeres!
¿No le convidaste?

FENISA:

¿Yo?

TRISTÁN:

¿Luego olvidaste, señora,
el concierto?

FENISA:

Pues ¿ya es hora?

TRISTÁN:

¿Cómo es hora? La una dio.

FENISA:

¿La una?

TRISTÁN:

¡Bien, por mi vida!
Tras el gato, falsos tratos;
pues cuando bajan los gatos,
suelen sacar la comida.

CAMPUZANO:

Más a trece.

TRIBIÑO:

Digo aquí.

CAMPUZANO:

Aquesto más.

TRIBIÑO:

Topo y tengo.

TRISTÁN:

Yo no topo a lo que vengo.
No lo habrá dicho por mí.

TRIBIÑO:

Nueve, y diez, y trece.

CAMPUZANO:

Bien.

OROZCO:

Esto le corre detrás.

TRISTÁN:

Si corriera el gato más,
no le alcanzarán tan bien.

FENISA:

Dile, Tristán, a tu dueño
que han venido estos soldados,
todos hidalgos honrados,
con mi enojo, y no pequeño,
que me perdone y me vea
a la tarde.

TRISTÁN:

No hay en casa
cosa que comer, y pasa
la hora.

FENISA:

Dios le provea.

TRISTÁN:

¿Dios le provea? Pues ¿llega
a puerta de algún convento?

FENISA:

Vete, Tristán.

CAMPUZANO:

Más.

TRISTÁN:

Reviento.
¡Ah, juventud loca y ciega!

FENISA:

¿Oyes?

TRISTÁN:

¿Qué?

FENISA:

Di que se venga
esta tarde a merendar,
que le quiero regalar.

TRISTÁN:

Para purgar se prevenga,
que a fe que en esta respuesta
no llevo mal testimonio.

FENISA:

Mira que hay aquí un demonio.

OROZCO:

La mitad me debéis desta.

TRISTÁN:

Yo le llevo gentil lazo.
Aunque discreto, cayó.
Él lindo gato le dio,
mas ella lindo gatazo.
VASE.

CAMPUZANO:

No juego más.

FENISA:

¿Quién ganó,
para darle el parabién?

OROZCO:

Para que barato os den
mis manos y os sirva, yo.

OSORIO:

¿Tienes qué comer?

FENISA:

No falta.

OROZCO:

Celia, tomad esto vos.

OSORIO:

¿Hay criados?

FENISA:

Aquí hay dos.

OSORIO:

Vayan Cosmillo y Peralta
y traigan cuatro capones,
seis perdices, tres conejos.

TRIBIÑO:

¿Y vino?

OSORIO:

Cuatro pellejos.

CAMPUZANO:

¿Fruta?

OSORIO:

Peras y melones.

FENISA:

Echa una pastilla aquí.

OSORIO:

No habéis visto la limpieza
de Fenisa.

OROZCO:

Desta pieza,
ya lo demás presumí.

OSORIO:

Venid, y veréis su aseo,
su pintura, estrado y cama.

TRIBIÑO:

¡Por Dios, que es bizarra dama!

OROZCO:

Días ha que la deseo
hablalla.

OSORIO:

Tened paciencia.

OROZCO:

No es posible que repose.

CELIA:

¿Qué hay de Lucindo?

FENISA:

Quedose
a la luna de Valencia.

VANSE. ENTRAN LUCINDO Y TRISTÁN.

LUCINDO:

Pasaré con esta daga
tu pecho.

TRISTÁN:

Pues yo, señor,
¿qué culpa tengo, en rigor?
¿Qué quieres tú que le haga?
¿Qué tengo de responder,

si estaban cuatro soldados
coseletes?

LUCINDO:

¿Cómo? ¿Armados?

TRISTÁN:

Yo los vi resplandecer.
Antes dije mil lisonjas,
viendo en dagas y en lanzones
más hierro por guarniciones
que a un locutorio de monjas.
Llega tú, llama y pregunta;
quizá el gato te dirá:
«Hacia aquel desván está».

LUCINDO:

Llevo la color difunta.
¡Ah, mujer! Sospechas llevo
que me has engañado.

TRISTÁN:

Pasa
de engaño. Es rabia.

LUCINDO:

¡Ah de casa!

A LA VENTANA, CELIA.

CELIA:

Pues, ¿qué tenemos de nuevo?

LUCINDO:

Celia o infierno, ¿qué es esto
que hace tu ama conmigo?

CELIA:

Pues, ¿de qué se queja, amigo,
que viene tan descompuesto?
¡Jesús! ¿Infierno soy yo?

LUCINDO:

Llámame, Celia, ese cielo.
Quizá me engaña el recelo
que otras veces me engañó.

CELIA:

Está comiendo, no creo
que podrá salirte a hablar.

LUCINDO:

¡Es buen modo de burlar
esto que a mis ojos veo!
¿No era el convidado yo?
PÓNESE FENISA.

FENISA:

¿Con quién habla? ¿Qué es aquesto?

LUCINDO:

¡Mi vida!

FENISA:

¿Quién es?

LUCINDO:

¿Tan presto
de quién soy se te olvidó?

FENISA:

Soy algo corta de vista.

LUCINDO:

Pues no se te echa de ver.
Más que lince sueles ser

sin que un muro te resista.
¿Por qué tu vista condenas
más que a tus ojos ingratos,
pues es tal, que hasta los gatos
ves en las arcas ajenas?
Y cuando fueras tan corta
de vista, ¿no ha conocido
mi voz, Fenisa, tu oído?

FENISA:

Esa, Lucindo, reporta,
y ven esta noche acá,
que agora fue un accidente
el estar aquí esta gente.
Y no te espantes si está,
porque, como te pedí
el dinero que ya sabes
para ocasiones tan graves,
y me dijiste que sí,
y Tristán no le ha traído,
válgome de lo que puedo.

LUCINDO:

Agora me deja el miedo
desocupado el sentido.
Tristán, ¿que no se lo diste?

TRISTÁN:

¿Cómo no? ¡Qué lindo cuento!
Y lo metió en su aposento
Celia.

LUCINDO:

Pues, ¿qué es esto? ¡Ay, triste!

FENISA:

¿Mandas otra cosa?

LUCINDO:

Escucha:
quede definido aquí
cómo el dinero te di.

FENISA:

Tuvieras razón, y mucha,
si tú me le hubieras dado.
VANSE LAS DOS.

LUCINDO:

Tristán, habla.

TRISTÁN:

Fuese ya.

LUCINDO:

¿Qué he de hacer?

TRISTÁN:

Que entres allá,
que yo me pondré a tu lado.
Todos españoles son,
y todos te han de ayudar.

LUCINDO:

Las puertas quiero quebrar.

TRISTÁN:

Tienes enojo y razón.

LLAMAN RECIO, Y SALEN OROZCO, OSORIO, CAMPUZANO Y TRIBIÑO,
LAS ESPADAS DESNUDAS.

OSORIO:

¿Quién es el descomedido
que, estando aquí honrada gente,
llama temerariamente?

LUCINDO:

Yo, caballeros, no he sido.

OSORIO:

Pues ¿quién?

LUCINDO:

Un paje, sospecho,
que cuatro platos traía.

OSORIO:

¿Platos?

LUCINDO:

Sí.

CAMPUZANO:

¿De quién sería?

OSORIO:

De algún galán de provecho,
y como sintió el ruido
se volvió.

CAMPUZANO:

Discreto fue.

OROZCO:

Vamos a comer, que, a fe,
que fuera bien recibido.

ÉNTRANSE TODOS LOS SOLDADOS.

LUCINDO:

Con lindo anzuelo, con famoso estilo,
con ser un pez tan diestro, me ha burlado.
¡Qué bien que vuelvo a España despachado!
¡Qué bien me ha herido por el mismo filo!
A llanto del famoso cocodrilo

mi oído blandamente regalado,
a tus manos llegué, como engañado
peregrino de amor que pasa al Nilo.
Dadme, cielos, venganza del anzuelo;
desta mujer cruel quebrad la caña,
que es su artificio destrucción del suelo.
Mirad que con sus lágrimas engaña,
mirad que vuelvo, en tanto desconsuelo,
lleno de amor y sin dinero a España.
VASE.

TRISTÁN:

Adiós, Sicilia; adiós, enredo isleño;
adiós, Palermo, puerto y franca puerta
a las naciones deste mundo abierta,
en quien tanta codicia rompe el sueño.
Adiós, famoso gato, aunque pequeño,
vivo os quedáis: nuestra esperanza es muerta,
pues no volvéis a España. Cosa es cierta
que no se muda el gato con el dueño.
Adiós, Fenisa; adiós, gato del gato;
adiós, cabo de gato, cuyo espejo
puede servir de ejemplo y de recato.
Pero permita Dios que tu pellejo
antes de un mes, por tu bellaco trato,
sirva de gato a un avariento viejo.

Acto III

SALE DINARDA, EN HÁBITO DE HOMBRE, Y BERNARDO.

DINARDA:

Pues, ¿cómo vienes así?

BERNARDO:

Estoy malo.

DINARDA:

¿Tú? ¿De qué?

BERNARDO:

No sé.

DINARDA:

¿Cómo que no sé?

BERNARDO:

Ni sé el mal, ni sé de mí.

DINARDA:

¿Hate probado la tierra?

BERNARDO:

Más, el cielo me ha probado.

¡Ay, qué dolor que me ha dado!

¡Qué fuego mi pecho encierra!

¡Ay, ay! ¡Jesús, qué accidente!
Tócame este pulso.

DINARDA:

Muestra

BERNARDO:

Si es tanta la amistad nuestra,
ponme la mano en la frente.

DINARDA:

Ni el pulso, Bernardo, tiene
movimiento extraordinario,
ni más de aquel necesario
calor a la frente viene.

BERNARDO:

Tócame el rostro.

DINARDA:

Ni en él
tienes muestras de calor.

BERNARDO:

¡Ay, qué terrible dolor!
¡Ay, que dolor tan crüel!

DINARDA:

¿Dónde?

BERNARDO:

Al pecho se ha abajado.
Saltos me da el corazón.

DINARDA:

Estraños dolores son.

BERNARDO:

De estraña causa me han dado.
Ponme la mano, así vivas,
sobre el corazón.

DINARDA:

Sí haré.
Mas di al dolor que se esté
quedo.

BERNARDO:

Su accidente avivas.
¿No sientes que el corazón
te dice la causa dél?

DINARDA:

Yo no siento nada dél.
Estos sus efetos son.

BERNARDO:

¿No te dice nada?

DINARDA:

Nada.

BERNARDO:

¿Ni que eres tú quien le mueve?

DINARDA:

¿Yo?

BERNARDO:

Tú, pues.

DINARDA:

¿Cosa que lleve...?

BERNARDO:

Quedo, quedo. ¿Esto te enfada?

DINARDA:

Luego ¿no me ha de enfadar
que me tengas por mujer?

SALE FABIO.

FABIO:

¿Soy por acá menester?

BERNARDO:

Sí, porque quiere negar.

FABIO:

¿Por qué niegas lo que ya
sabemos los dos?

DINARDA:

¡Por Dios,
que es concierto de los dos!

FABIO:

Así concertado está;
que solo esperando estaba
que te defendieses dél.

DINARDA:

¡Infames!

FABIO:

No seas cruel,
deja invenciones, acaba.

BERNARDO:

Desde que entraste en la nave,
echamos todos de ver
que eres mujer.

DINARDA:

¿Yo, mujer?

BERNARDO:

Tú, pues.

DINARDA:

¿Yo?

BERNARDO:

Fabio lo sabe.

DINARDA:

Fabio, ¿qué has visto de mí?

FABIO:

Lo que no he visto.

DINARDA:

¡Villano!

Si pongo a la espada mano...

BERNARDO:

Deténte.

DINARDA:

¿Forzáisme aquí?

BERNARDO:

Somos muy mozos los dos
para viejos de Susana.

DINARDA:

¿Yo, Susana?

FABIO:

Cosa es llana
en cuanto a mujer, ¡por Dios!,
que de lo que es la inocencia
era testimonio en ti.

BERNARDO:

¿Llaman?

FABIO:

Sospecho que sí.

BERNARDO:

Perdí la ocasión.

FABIO:

Paciencia.

SALE FENISA Y CELIA.

FENISA:

¿Nunca he de ver yo tu casa?

DINARDA:

¡Oh, Fenisa! ¡Oh, mi señora!
¡Oh, amiga Celia! ¡Oh, aurora
del sol que el alma me abrasa!
¿En esta humilde posada
tanto bien?

FENISA:

¿Adónde está
el capitán?

DINARDA:

Salió ya.

FENISA:

Vengo, mi español, cansada
de comprar cosas que son
forzosas a las mujeres.

DINARDA:

¿Quieres descansar y quieres,
por mi vida, colación?

FENISA:

La que tomara de ti
en la caja de esa boca
la estoy mirando.

DINARDA:

Era poca
para servirte de mí;
que el azúcar de Canaria,
ni cuanto labran Valencia
y Lisboa...

BERNARDO:

Una advertencia
nos ha de ser necesaria.
Esta, ¿no ha venido aquí?
Pues calla y deja hacer.

FENISA:

Deja, don Juan, de ofrecer,
pues es al revés en ti;
que lo ordinario es besar
y no ofrecer, y tú ofreces
y no besas.

DINARDA:

Cuantas veces,
Fenisa, voy a intentar
besar la imagen que amor
en su demanda me enseña,
luego me aparta y despeña
este siempre necio honor.
Pero, ¿quieres, por mi vida,
ver mi aposento y estancia,
donde no hay paños de Francia,

ni cama de oro vestida,
escritorios alemanes
ni portugueses olores,
sino los deseos mayores
y los gustos más galanes?

FENISA:

Recíbolo a más amor
que si viera de Venecia
el tesoro, o el que precia
Florençia de su señor.
Ni el Aranjuez de España
viera con más alegría.

DINARDA:

Entra, dulce prenda mía.

BERNARDO:

¿Van juntos?

FABIO:

Sí.

BERNARDO:

¡Cosa estraña!
Ello es engaño sin duda.
pues requebrándose van.

FABIO:

Por los indicios que dan,
Bernardo, de intento muda.

BERNARDO:

Mudarele donde sé
de cierta ciencia, que quiero
una mujer y, primero,
de experiencia lo sabré.

FABIO:

Mas, ¿que me quieres hurtar
el pensamiento y que quieres
a Celia?

BERNARDO:

Mi amigo eres
y, aunque me puedo enojar,
soy, Fabio, de parecer
que los dos la conquistemos,
que yo sé que no seremos
muchos para una mujer.

CÓGENLA EN MEDIO.

FABIO:

Celia...

BERNARDO:

Celia...

¿Qué queréis?

FABIO:

Yo te quiero.

BERNARDO:

Yo te adoro.

FABIO:

Yo me derrito.

BERNARDO:

Yo lloro.

CELIA:

¿Por tan libre me tenéis?

BERNARDO:

Antes honrarte queremos.

CELIA:

Los medios son bien honrosos.

BERNARDO:

Somos extremos viciosos,
y nuestra virtud te hacemos.

SALE ALBANO Y CAMILO.

ALBANO:

Aquí Fenisa entró.

CAMILO:

Pues aquí vive
el capitán Osorio, camarada
de ese don Juan.

ALBANO:

Sus pajes son aquestos.

CAMILO:

Y Celia aquella.

ALBANO:

¡Oh, Celia! ¿En esta casa?

CELIA:

¿Parécete milagro?

ALBANO:

Dejo a Osorio
cuatro calles de aquesta, y no fue mucho
tener a novedad que estéis en ella.

CELIA:

Eso del capitán es cosa antigua.
Las mujeres, Albano, y deste gusto,
pican en novedades por momentos.

ALBANO:

Pues, ¿qué soldado vive aquí?

CELIA:

¡Oh, qué gracia!

Vive la gentileza, la hermosura,
la perla más preciosa que ha pasado
de España a Italia, vive el mismo Adonis,
de quien agora mi señora es Venus.
Vive don Juan de Lara.

CAMILO:

¿Qué os parece?

¿Será agora mujer don Juan de Lara?

ALBANO:

Celia, espera por Dios; escucha, Celia.
¿Fenisa con don Juan?

CELIA:

Deja los celos
del capitán, que nunca amó Fenisa,
y cree que don Juan la tiene loca.

ALBANO:

¡Fenisa y don Juan dices que se hablan!
¿Y los has visto juntos?

CELIA:

Yo lo digo,
y aun tú lo puedes ver.

ALBANO:

¡Válgame el cielo!

CAMILO:

Albano, si en las cosas que se dudan
no habemos de dar crédito a los ojos,

¿qué probanza nos queda más segura?
Dejad aqueste loco pensamiento;
que don Juan no es Dinarda, vuestra dama,
ni así ha de ser por fuerza.

ALBANO:

Agora digo
que no es milagro en la naturaleza
la estraña diferencia de los rostros.
Yo estoy desengañado.

CELIA:

Mira, Albano,
si mandas otra cosa.

ALBANO:

Dios te guarde.

CELIA:

Mi señora me llama.

BERNARDO:

Y a nosotros
don Juan.

FABIO:

Hoy, Celia, has de quedar por mía.

BERNARDO:

Y de los dos.

CELIA:

¡Qué tierna me han hallado!

BERNARDO:

Bien caben muchas bestias en un prado.

VANSE CELIA Y BERNARDO, QUEDAN ALBANO Y CAMILO.

CAMILO:

¿Y está de averiguar alguna cosa
en razón de que aqueste caballero
es hombre, y hombre que a Fenisa ha dado?

ALBANO:

A lo menos, Camilo, me ha servido
este retrato de Dinarda bella
de alborotarme el alma de tal modo,
que ha borrado la estampa de Fenisa.

CAMILO:

No de otra suerte que la sombra huye
al resplandor de sol o la mentira
cuando se prueba la verdad gloriosa,
huyó Fenisa, que era amor fingido
a la luz del retrato de Dinarda,
y quedastes, Albano, de su engaño
libre; piedad que le debéis al cielo,
porque desde el primero movimiento
de sus divinos tornos hasta el último
que han dado sus esferas celestiales,
no se ha visto mujer tan engañosa.

ALBANO:

Forasteros son estos.

CAMILO:

Y españoles.

ALBANO:

A la cuenta, no ha mucho que salieron
del mar.

CAMILO:

De almacenar su hacienda vienen.

ALBANO:

Vamos de aquí.

CAMILO:

¡Qué buenos talles tienen!

VANSE. ENTRAN LUCINDO, TRISTÁN, DON FÉLIX Y DONATO, CRIADO.

DON FÉLIX:

El amistad de un camino
tan largo, y haber hallado
en vos pecho tan honrado
y entendimiento divino,
Lucindo, no me permite
ni dejaros, ni dejar
de daros parte y lugar
a donde a nadie se admite,
que es lo que un alma atesora.
Lo que en la nave encubrí
desde Vinarós aquí
quiero que sepáis ahora...
Retírate allá, Donato.

LUCINDO:

Desvíate allá, Tristán.

DON FÉLIX:

Leyes del mundo, que van
donde quiere el tiempo ingrato,
Lucindo, mi edad mejor
en su sazón han cortado,
como suele el toско arado
llevar de paso la flor.
Yo vengo a matar un hombre
a Sicilia.

LUCINDO:

Habéisme honrado
en no haberme despreciado
por la humildad de mi nombre;
que siendo don Félix vos,
caballero sevillano,
yo mercader valenciano,
tan desiguales los dos,
debo estimar con razón
que me tratéis como amigo.

DON FÉLIX:

Bien veréis en lo que os digo
si os he dado el corazón.

LUCINDO:

Para que no presumáis
que no estimo esa merced,
que os quiero pagar creed,
aunque de mi amor lo estáis.
¿Vos a Sicilia venís
a matar un hombre?

DON FÉLIX:

Vengo
a matar un hombre, y tengo
razón.

LUCINDO:

Muy bien advertís.
Yo vengo a tomar venganza
de una mujer y también
tengo razón.

DON FÉLIX:

Si de quien
hizo de vos confianza,
Lucindo, tenerse puede,
mirad si puedo ayudaros.

LUCINDO:

Querría el caso contaros,
si el tiempo lugar concede.
Yo vine a Palermo habrá
dos meses y una mujer
fingió quererme.

DON FÉLIX:

¿Querer
saben?

LUCINDO:

Olvídanlo ya.
Regálome, fingió estar
enamorada de mí;
que el anzuelo en que caí
pudiera entonces pescar
al más severo Catón,
al más recatado estilo,
porque es aquí un cocodrilo
que llora y mata a traición.
Es entre dama y señora,
entre cortesana y grave,
que sabe engañar y sabe
ser firme hasta que enamora.
De allí abajo no hay amor,
porque a quien ha de querer
o ha de ser otra mujer,
o tratalla con rigor.
El anzuelo con que pesca
es regalar al que coge,
para que después se arroje.

DON FÉLIX:

¡Linda treta!

LUCINDO:

Linda y fresca.
Hallela en su casa un día
con más luto que una mula
canónica...

DON FÉLIX:

¡Cuánto adula
una falsa cortesía!

LUCINDO:

Diome una carta, de suerte
que vi en ella que quedaba
preso su hermano y que estaba,
Félix, sentenciado a muerte,
mas que por dos mil ducados
la parte perdonaría.
Esto fue porque sabía,
o de mí o de mis criados,
que yo tenía el dinero
de lo que había vendido.
No vi este gato fingido
y disele verdadero,
porque con joyas y prendas
me quería asegurar,
mas no las quise tomar.

DON FÉLIX:

Necedad.

LUCINDO:

Muy bien enmiendas.
De allí adelante se fue
secándose poco a poco;
yo a su reja y puerta loco
algunas noches pasé.
Negó el dinero; entendí
cobrarlo, y era sacar
una sortija del mar.

Cuando el imposible vi,
volvime a Valencia, donde
no fui muy bien recebido,
de donde agora he venido
para ver si corresponde
la venganza al pensamiento,
que esta hacienda que registro
no es más de porque al registro
acuda este lobo hambriento.
Cuanto saqué de la nave
y metí en el aduana
fue ostentación tan liviana,
que apenas en ella cabe
y no vale cien escudos.

DON FÉLIX:

Así mi desdicha fuera,
que, como hacienda perdiera,
ella y yo fuéramos mudos.

LUCINDO:

¿Es honra?

DON FÉLIX:

No es menos prenda.

LUCINDO:

Sí, pero habéis de saber
que en cualquiera mercader
es honra también la hacienda.
Tras el caudal, si se pierde,
va el crédito, pues, perdido.

SALE CELIA, Y FENISA.

CELIA:

Pues ¿no me dirás qué ha sido?

FENISA:

Nadie, Celia, me lo acuerde.
Nadie me nombre a don Juan.
El que le abriere mi puerta
no la verá más abierta.

CELIA:

¡Jesús! ¿Lucindo y Tristán?

FENISA:

¡Válame Dios! ¿No era ido?

CELIA:

Fuese y ha vuelto.

FENISA:

¿A qué viene?

CELIA:

Viene a ese trato que tiene.
¿Si te habrá puesto en olvido?

FENISA:

Los hombres, Celia, no olvidan
a donde los tratan mal,
que es condición natural
porfiar donde les pidan.
Si de don Juan no viniera
tan mohína, aquí le hablara.

CELIA:

Pues ¿qué fue aquesto?

FENISA:

«Repara,
mira, advierte considera,
lo que dirá el capitán».
Y tras esto, me ha rogado
que diga que me ha gozado.

CELIA:

Los dos mirándote están.

LUCINDO:

¡Ay, don Félix! Esta es
la causa de mis enojos.

FENISA:

¿Sabes algo destos ojos?
¿Qué es lo que en sus niñas ves?

LUCINDO:

Sé que esas niñas lo son
de manera, en la mudanza,
que dan menos esperanza
después de la posesión.

FENISA:

Suelen los recién venidos
abrazar los bien hallados.

LUCINDO:

Bien venidos tan cansados
siempre son mal recibidos.
Pagástete de tu mano,
no fiando de la mía
en la mayor niñería
que pudo un pecho liviano.
Sabe Dios que no sentí
perder, Fenisa, el dinero,
mas ver mi amor verdadero,
y haberle fingido en ti;
que con dar vuelta a Valencia,
adonde hay padres honrados,
traigo treinta mil ducados.

FENISA:

Tienes tú poca paciencia.
Yo solo quise probarte.
Confieso que recibí
el dinero y me escondí
en la mira de adorarte.
Gusté de escuchar tus quejas,
porque, oyendo sus extremos,
porque no nos arrojemos
tienen las ventanas rejas.
El día que te partiste
con Celia envié a llamarte.
Acababas de embarcarte.
¡Qué buena noche me diste!
¡Qué lágrimas me costó
haber querido y querer
probarte!

DON FÉLIX:

¡Astuta mujer!

LUCINDO:

Desta suerte me engañó.

FENISA:

No sé cómo te refiero
aquel dolor desigual.
Solamente en tanto mal
me consoló tu dinero.
Aquella prenda tomaba
en las manos y decía
cosas que quien las oía
enternecida quedaba.

LUCINDO:

¿Es posible, mi señora,
que merecí con mi ausencia
lágrimas tuyas? Paciencia.
Necio fui; súpelo agora.

¡Vive Dios, que si en la mar
esa nueva me llegara,
que a las aguas me arrojara
y te volviera a buscar!
En la calle estás, mi bien;
no es justo tenerte aquí.
Si tú me quieres así,
yo te quiero así también.
Patria y padres, perdonad:
no ha de volver del dinero
a Valencia escudo entero.
¿Entero? Ni la mitad.
Ve, Fenisa, a la aduana,
infórmate si he traído
hacienda y, por Dios te pido,
de esa beldad soberana,
que en vendiéndola te entregues
en la plata y en el oro,
pues me basta por tesoro
que mirarte no me niegues.
¿Podrete agora abrazar?

FENISA:

Agora y siempre, mi bien.

LUCINDO:

Vete con Dios, y prevén
para esta noche lugar,
que voy con aqueste hidalgo
en casa de un mercader,
que merced me quiere hacer,
por él, no por lo que valgo,
de que a cambio se me den
tres mil ducados en tanto
que vendo.

FENISA:

De ti me espanto.
¿No era yo buena, mi bien,
para negociar las cosas
de tu gusto?

LUCINDO:

Pues ¿tendrías
quien me lo diese?

FENISA:

Estos días
ciertas doncellas hermosas
a un capitán han hablado
que tienen ciertos escudos,
que están suspensos y mudos
sin provecho y con cuidado.
A cambio te los darán.
¿Para qué son?

LUCINDO:

Para trigo,
que hay falta allá.

FENISA:

Espera, amigo,
que estas te acomodarán.

LUCINDO:

De aquesta mercadería
que traigo hay agora acá
y, si la vendo, será
con poca ganancia mía.
Si aguardo un mes, ganaré
la mitad por medio, y quiero,
tomando aqueste dinero,
aunque pierda, pues podré
esquitallo en la ganancia,
fletar la nave...

FENISA:

Harás bien
y yo haré que te le den.
Pero, ¿será de importancia
el resguardo de tu hacienda?

LUCINDO:

Del almacén en que está
daré las llaves.

FENISA:

Será,
Lucindo, bastante prenda.

LUCINDO:

Para tener más lugar
de estar contigo, no quiero
vender tan presto, y espero
que te sabré regalar.

FENISA:

Harto regalo me ofreces
con verte, dulce bien mío.
¿Pagarasme?

LUCINDO:

Yo confío
pagarte como mereces.

FENISA:

Advierte que han de querer
treinta por ciento.

LUCINDO:

Eso es cosa
crüel.

FENISA:

Pues será forzosa.

LUCINDO:

No es razón.

FENISA:

Esto ha de ser.

LUCINDO:

Tú negocia que sean veinte,
por vida de aquesos ojos.
Mas no quiero darte enojos,
mi alma, que pasa gente.
Yo te iré a ver esta tarde.
Habla a Fenisa, Tristán.

FENISA:

¡Tristán, qué bueno y galán!

TRISTÁN:

Señora, el cielo te guarde.

FENISA:

Ya, como ricos venís,
hablaréis por petición.

TRISTÁN:

Otra ha sido la ocasión.

FENISA:

Ya sé lo que presumís.

TRISTÁN:

¡Ojalá presunción fuera!
No es sino pura verdad.
¡Mal haya la voluntad
que en querer se persevera!
Habiéndole tú engañado,

viene este tonto a querer
a la más falsa mujer.

FENISA:

¡Tristán!

Estoy enojado.
¡Si vieras al moscatel
en la mar, lleno de fuego,
por hallar algún sosiego
querer arrojar en él!
¡Si le vieras en Valencia
llorar hasta que juntó
tanta hacienda y se embarcó!
Pensé perder la paciencia.

FENISA:

¿Trae mucha?

TRISTÁN:

No, casi nada:
treinta mil ducados son.

FENISA:

Probar quise su afición.
Su hacienda tengo guardada.

TRISTÁN:

Ahora bien, gaste su hacienda,
vaya a tu casa esta vez,
dé a sus padres tal vejez,
cumpla bien con su encomienda,
que con no volver a España
con él, habré yo cumplido.

FENISA:

Tristán, no me has conocido.

TRISTÁN:

Conozco quién es la caña
adonde prendió el anzuelo
que aquel gato nos pescó.

FENISA:

¡Qué vestido te hice yo
de un famoso terciopelo,
con mil pasamanos de oro,
que por irte le perdiste!

TRISTÁN:

¿Vestido, por Dios, me hiciste?

FENISA:

¡Qué linda cosa!

TRISTÁN:

Eso ignoro,
pues tentado de galán,
yo te llevaré este loco,
que no ha de valerte poco.

FENISA:

Si me le llevas, Tristán,
el vestido y cien ducados
son tuyos.

TRISTÁN:

Beso tus pies.

FENISA:

Adiós.

CELIA:

Adiós.

LUCINDO:

Esta es
la ocasión de mis cuidados.

FENISA:

Mira, mi bien, que te espero.

LUCINDO:

Haz el dinero traer.

FENISA:

Pues advierte que ha de ser
treinta por ciento el dinero.

LUCINDO:

Como quisieres.

CELIA:

¿A quién
lo piensas pedir?

FENISA:

A mí,
que los dos mil tengo allí;
los mil haré que me den
sobre joyas y vestidos.
Treinta por ciento, ¿es ganancia,
dime, de poca importancia?
Y este pierde los sentidos
por mí y, si vende, es muy llano
que me ha de dar cuanto tenga.

CELIA:

Guarda, señora, no venga
con intento más villano;
que los hombres suelen ser
astutos en la venganza.

FENISA:

Al que dellos más alcanza
le engaña cualquier mujer.
Vamos por el aduana
y en el registro veré
su hacienda, para que esté
segura.

CELIA:

Esa prenda es llana,
porque del libro sabrás,
y el registro, lo que trae.

VANSE LAS DOS.

DON FÉLIX:

Si en el engaño no cae,
lindo gatazo le das.

LUCINDO:

Que ella me le diese a mí
es lo que agora deseo.

DON FÉLIX:

Que se va trazando creo
para que suceda así.

SALE EL CAPITÁN OSORIO Y DINARDA.

OSORIO:

No hay para qué satisfacerme en nada:
yo sé que sois honrado caballero.

LUCINDO:

Gente es esta. Volved a la posada
mientras que solicito este dinero.
Y si habéis de matar por propia espada
ese que os ofendió, deciros quiero
más seguro camino.

DON FÉLIX:

Yo quisiera
que con secreto mi venganza fuera.

VANSE FÉLIX Y LUCINDO.

DINARDA:

Que estuviese Fenisa en mi aposento
no niego, capitán, pero es muy llano
que os vino a ver.

OSORIO:

Yo sé su pensamiento
y sé también su proceder liviano.
Encarcelar el sol, prender el viento,
me pareció más fácil que el tirano
pecho desta mujer rendirse a un hombre,
si es cosa justa que mujer la nombre.
Con esto ha conservado el artificio
de pescar las haciendas extranjeras,
porque ese amor en gente de ese oficio
derriba por el suelo sus quimeras;
mas como el más espléndido edificio,
que inmortal a los tiempos consideras,
está sujeto al rayo, tú lo fuiste,
que con su libertad en tierra diste.
Ella te adora, yo lo sé ¿Qué dudas?

DINARDA:

Y ¿oféndote, por dicha, en que me adore?

OSORIO:

Están las piedras, del milagro, mudas,
que lo es muy grande que te busque y llore;
mas, si a quien tantos desnudó desnudas,
no dudes que tu ingenio se mejore
por haber engañado al mismo engaño,
al mismo enredo, astucia, traza y daño.
Corrido de las burlas que me ha hecho

y tantos, al fin, hombres y extranjeros,
quiero que pruebes a vengar mi pecho,
solamente en materia de dineros.

DINARDA:

Si para alguna cosa de provecho
fuere don Juan, su vida y sus aceros
ordena, manda, corta, pon y quita,
que tú me obligas y un agravio incita.

OSORIO:

¿Agravio a ti?

DINARDA:

Después sabrás el cuento.

OSORIO:

Mira; ninguna cosa estas mujeres
buscan ni intentan más que el casamiento.
Toca esta tecla, si engañarlas quieres.
Debe de ser la causa el escarmiento
de sus livianos gustos y placeres;
y cuando aquesto no les dé codicia,
el librarse también de la justicia.
Fuera desto, el temor que al tiempo tienen,
viendo que ya se acaba la hermosura
y que, si a verse con arrugas vienen,
no tienen cama o posesión segura.
Muchos verás que así las entretienen
diciendo que hoy, mañana, y por ventura
en algunos es flor. ¿Hasme entendido?

DINARDA:

¿Tú quieres que me finja su marido?

OSORIO:

Déjame hacer, verás el fin que llevo.

DINARDA:

Poco a poco a su casa hemos llegado.

OSORIO:

Tú serás de su Troya Sinón nuevo.

SALEN FENISA Y CELIA.

FENISA:

Todo el dinero tengo ya contado.

CELIA:

Paréceme, Fenisa, extraño cebo
del anzuelo de amor tanto ducado.

FENISA:

¿No ves que me informé de los que tiene?
Llámame al capitán.

CELIA:

Él mismo viene.

FENISA:

A buscarte enviaba.

OSORIO:

¿En qué te sirvo?

FENISA:

Cierto dinero doy a cambio a un hombre,
codiciosa de ver tanta ganancia,
y, porque espero otra mayor, querría
que dijese que es tuyo y que es hacienda
de unas doncellas.

OSORIO:

¿No te dan resguardo?

FENISA:

Danme cincuenta cajas, por lo menos,
de paños y de sedas de Valencia
y cien pipas de aceite registradas.
Desto tendré las llaves y el seguro
de las guardas del Rey, que, sin mi orden,
no se dará a su dueño ni a otro alguno.

OSORIO:

Paréceme muy bien.

FENISA:

¿Cómo no llega
don Juan?

OSORIO:

Porque está agora vergonzoso
de cierta pretensión.

FENISA:

Malicias tuyas.

OSORIO:

¿Cómo malicias? ¡Vive Dios, que quise,
sabiendo que has estado en su aposento,
pasarle el pecho con aquesta daga
y que me dijo que le perdonase,
porque si alguna cosa te había dicho,
era con solo intento de casarse!
Yo, viendo la ocasión de tu remedio,
y que con él casada, si te lleva
a España, allá serás lo que quisieres,
quiero perder de mi derecho y gusto,
porque te ganes tú, que, por ventura,
si voy a pretender como sospecho,
te acordarás que tu remedio he hecho.

FENISA:

¡Ay, capitán! ¿Engañasme?

OSORIO:

No creas
que en mi vida engañé mujer ninguna.

FENISA:

¡Ay, español, cómo conozco agora
la verdad española y el buen trato!
Si se efetúa, os doy el mismo día
dos cadenas que valgan mil ducados.

OSORIO:

Yo le he dicho a don Juan que estás muy rica.

FENISA:

No engañas a don Juan, porque, si digo
verdad, puedo esta noche darle en dote
catorce mil ducados como uno.

ENTRA TRISTÁN.

TRISTÁN:

Lucindo, mi señor, queda esperando
con los de la aduana.

FENISA:

Osorio, vamos.
Tú, Celia, dile a Estacio y a Fabricio
carguen ese dinero y que me sigan.

OSORIO:

Despedireme de don Juan.

FENISA:

Pues dile
que es alma desta vida.

DINARDA:

¿Qué se ha hecho?

OSORIO:

A un negocio forzoso los dos vamos.
Está loca Fenisa y me promete
mil ducados, don Juan, en dos cadenas.
Quédate por aquí.

DINARDA:

Guárdete el cielo.

TRISTÁN:

¡Oh, qué bien se concierta! Agora es tiempo,
fortuna, de tu paso diligente.
¡Por Dios, que va a mamarla dulcemente!

VANSE, Y QUEDA DINARDA SOLA.

DINARDA:

Perdidos pasos doy, gastando al viento
suspiros, llantos, locas diligencias.
Ya no me queda en qué probar paciencias,
que todo lo venció mi sufrimiento.
Si amor es un continuo pensamiento,
¡qué mucho que le rompan mil ausencias!;
pues querer que me quieran por violencias
ni es ley de amor ni generoso intento.
Mudose Albano, ¡Oh, tiempos miserables!
¡Y blasonan los hombres que adoramos
que sus firmezas son incontrastables!
Mujeres sin disculpa nos mudamos.
Los hombres no, porque, si son mudables,
dicen que es por la causa que les damos.

ENTRA ALBANO.

ALBANO:

Mucho me huelgo de hallaros,
don Juan, solo en este puesto.

DINARDA:

Y yo de veros y hablaros,
que también vengo dispuesto
a informarme y a informaros.

ALBANO:

¡Válame Dios! ¿Que este sea
don Juan y que no es Dinarda,
quién ha de haber que lo crea?

DINARDA:

Mucho el temor me acobarda,
que conocerme desea.
Pues téngolo de negar,
si aquí supiese morir.
Ya que me venís a hablar
o comenzad a decir,
o comenzad a escuchar.

ALBANO:

Cuando en esta casa entrastes,
sabíades mi intención,
¿por qué vos después llegastes?

DINARDA:

Eso está en el corazón,
que vos siempre me negastes.
Y solo Dios lo sabría,
porque un hombre, al fin mudable,
tendrá dos mil cada día.

ALBANO:

¡Jesús! Que mire, que hable,
es la misma prenda mía.
Pero Celia me ha contado
que de Fenisa ha gozado,
y esto no pudiera ser
siendo este don Juan mujer,
como lo tengo sonado.

Quiérome disimular.
Vuestros criados hablé,
cuando me quise informar.

DINARDA:

Pues bien, ¿a qué efeto fue?

ALBANO:

A efeto de preguntar
vuestra patria y vuestro nombre;
y burláronse de mí.

DINARDA:

Son pajes.

ALBANO:

No porque asombre
el veros venir aquí
tan gallardo y gentilhombre,
que deso no estoy celoso,
mas para solo saber
si sois hombre generoso,
porque con esta mujer
procedáis más cauteloso.

DINARDA:

¡Qué gracia en eso tenéis!
¿De cautelas me advertís?
Sin duda que las sabéis.

ALBANO:

Vos, ¿para qué la servís?

DINARDA:

Vos, ¿para qué la queréis?

ALBANO:

Yo por solo entretener
la ausencia de una mujer
de quien desdichas me apartan,
que eternamente se hartan
de verme morir y arder.

DINARDA:

¿Vos queréis mujer ausente?

ALBANO:

Quiero una mujer que adoro,
tan bella, que no consiente
que se le compare el oro,
ni el mismo sol en Oriente.
Como a imagen la tenía
en el altar del respeto,
donde el alma le ofrecía;
cuyo retrato os prometo
hace en vos la ausencia mía;
y de colores de amor
en la tabla del deseo
os hizo con tal primor,
que parece que la veo,
aunque la cubre el temor.

DINARDA:

Quisiera saber quién era
para escribirle ese engaño
que vuestra fe vitupera,
porque, viendo el desengaño,
ausente os aborreciera;
que a una piedra mueve a risa
que aquí finjáis adorar
a quien vuestro olvido pisa,
y me vengáis a matar
por los celos de Fenisa.
Pues, Albano, estad atento

a lo que os voy a decir
de ese antiguo pensamiento:
ni tengo que competir,
ni vuestros engaños siento.
Deste que agora tenéis,
os digo que no intentéis
entrar desde hoy en su casa,
porque Fenisa se casa.

ALBANO:

¿Con quién?

DINARDA:

Allá lo sabréis.

Y ¿qué sirve preguntar
con quién se casa esta dama,
amando en otro lugar?
¿No veis que en eso se infama
la que estaba en el altar?

ALBANO:

Oíd.

DINARDA:

¿Yo, cuentos ajenos?

ALBANO:

¡Ay, ojos de engaños llenos!
¿Con quién se casa?

DINARDA:

Conmigo.

ALBANO:

¿Con vos?

DINARDA:

Sí, conmigo digo.

VASE.

ALBANO:

Por muchos años y buenos.
Acabose. Yo, ¿qué intento?
¡Por Dios, que me vuelve loco
tan extraño pensamiento!
Ya mi desengaño toco,
ya con la verdad consiento,
ya me parece que es ella,
ya me parece que no,
mas lo que saco de vella
es que en mí resucitó
cuanto he pasado por ella.

ENTRA CAMILO.

CAMILO:

En vuestra busca he venido
por la ciudad descompuesto
y a gran ventura he tenido
hallaros en este puesto.

ALBANO:

Quedo, Camilo. ¿Qué ha sido?

CAMILO:

Un hombre medio embozado
y español recién llegado,
solícito preguntaba
adónde Albano posaba
entre uno y otro soldado.
Llegué y díjeselo, y luego
le pregunté qué os quería.
Mostró algún desasosiego
y dijo que volvería
sin que bastase mi ruego.

Seguile y en su posada
pregunté quién era.

ALBANO:

¿Y bien?

CAMILO:

Ninguno me dijo nada.
Fui a la mar, que fue también
una advertencia estremada,
y una nave valenciana
hallé que había surgido,
pienso que ayer de mañana,
y que aquesta había traído
cierta gente sevillana.

ALBANO:

¿Sevillana dijo?

CAMILO:

Sí.

Pues don Félix está aquí,
el hermano de Dinarda,
de alguna traición te guarda.

SALEN LUCINDO Y TRISTÁN.

LUCINDO:

Altamente la cogí.

TRISTÁN:

Divinamente cayó.

LUCINDO:

¿Está en la nave el dinero?

TRISTÁN:

Nuestra gente le embarcó.

LUCINDO:

Pues, si hace viento, ¿qué espero?

TRISTÁN:

Lo mismo te digo yo.
Esta tiene mil valientes;
que, descubierto el engaño,
importa hallarnos ausentes.

LUCINDO:

¡Quién se hallara al desengaño!

TRISTÁN:

Ni lo digas ni lo intentes.
Conozco que fuera justo
alquilar una ventana
para mirar con tal gusto
esta Circe cortesana
rabiarse de puro disgusto,
pero, el peligro advertido,
cojamos en alta mar,
Lucindo, a questo ruido.

LUCINDO:

Tristán, ¡cuál ha de quedar!

TRISTÁN:

Notable gatazo ha sido.
Todos tenemos anzuelo.
¡Hola, pícara gallarda,
quédate a Dios!

LUCINDO:

¡Qué recelo
me ha dado esta gente!

TRISTÁN:

Aguarda.
No es nada.

LUCINDO:

Dad viento, cielo,
a la nave con que trato,
que de fama y tiempo ingrato
mayor opinión espero
que Jasón por su cordero,
por este dorado gato.
Cese la famosa historia
del vellocino, que frisa
con la más alta memoria,
que el anzuelo de Fenisa
me ha dado mayor vitoria.
VASE.

TRISTÁN:

¡Cielos, dad viento a la nave
en que me vuelvo a Valencia,
para que en ella me alabe
que pude vencer la ciencia
de la mujer que más sabe!
Cien ducados y un vestido
hoy a Fenisa he cogido;
mi amo, tres mil ducados,
que, los dos mil rescatados,
mil por la ganancia han sido.
Quédate en paz, pescadora
de bolsas, anzuelo extraño
de gatos, áspid que llora.
Mamaste tu mismo engaño,
Circe de enredos autora.
Ya no será de importancia
poner cebo a la ganancia,
llorar, mover y fingir,
que ojos que nos vieren ir

no nos verán más en Francia.
VASE.

CAMILO:

Bien me parece y sería
cuerda cosa ir a la mar.

ALBANO:

De esa nave en que venía
me quiero luego informar,
antes que se cierre el día;
que no faltará algún hombre
que sepa también el nombre,
y las señas me dirán.

CAMILO:

Agravios, ¿qué no podrán?
Lo que intenta no te asombre,
porque escribe el ofendido
en mármol y el que ofendió
en agua.

ALBANO:

Pues he sabido
que viene, no seré yo
quien viva con tanto olvido.

CAMILO:

Bien haces, porque, en efeto,
el que agravia no de un muro
ni del lugar más secreto,
aun no ha de vivir seguro
de sí mismo, si es discreto.

VANSE. SALEN FENISA Y CELIA.

CELIA:

Contenta vienes.

FENISA:

No estuve
en mi vida más contenta.
La suerte, a mi bien atenta,
sobre su rueda me sube.
He vuelto un hombre a mi casa
que la puede enriquecer,
y seré de otro mujer,
que por lo menos me abrasa.

CELIA:

Seguro queda el dinero
que a Lucindo agora has dado.

FENISA:

¡Con qué astucia le he engañado!
Él es lindo majadero.
¿Hay hombre tan mentecato?
¿Estas bestias cría España?

CELIA:

Es toda España montaña
bárbara en ingenio y trato.
¡Mira tú qué policía,
pues, de plata que le ofrece
la India, a Italia enriquece,
a Francia y a Berbería!
¿Qué nación sustenta el mundo
donde no corra por ley
plata y armas de su rey?

FENISA:

¡Qué bien mis negocios fundo!
Treinta por ciento y, tras esto,
lo que queda que pescar.
Destos querría yo hallar.

CELIA:

Pocos hallarás tan presto.

FENISA:

Las llaves del almacén
he puesto en el escritorio.
¿Adónde, Celia, fue Osorio?

CELIA:

Fue por don Juan.

FENISA:

¡Ay, mi bien!

ENTRA BERNARDO.

BERNARDO:

Deme vuestra señoría,
como a su paje, la mano.

FENISA:

¡Amigo Bernardo, hermano!

BERNARDO:

Goces de tal compañía
más de mil años. Amén.

FENISA:

Toma este anillo, Bernardo,
por el español gallardo
que es dueño tuyo y mi bien.
Mira que el diamante vale
cuarenta escudos y más.

BERNARDO:

Cuando me mandes, verás
que hay quien su firmeza iguale.

ENTRA FABIO.

FABIO:

De la vostra señoria
beso le mani e li piedi,
e vollo chieder mercedi.

FENISA:

¡Oh, Fabio!

FABIO:

¡Oh, patrona mia!
Un seculo e più, signora,
godiate il vostro consorte,
contenta fin a la morte,
e dapoí de morta anchora.
Mai abiate gelosia,
e Dio vi done filloli
maschi, beli e españoli.

FENISA:

El cielo hacerlo podría.
Toma esta joya, mi Fabio,
que esa lengua me consuela.

FABIO:

¡Oh, patronchina mia bela!

FENISA:

¡Oh, paje discreto y sabio!

ENTRA OSORIO.

OSORIO:

A decirte que le espere
me envía el señor don Juan.

FENISA:

¡Oh, famoso capitán,
que mi padre y dueño eres!
Esta vuelta de cadena
en mi nombre has de traer.

OSORIO:

No era menester prender
a quien tu amor encadena,
mas ya que tan liberal
el cielo te fabricó,
traerela en tu nombre yo,
a un esclavo tuyo igual.
Esto es gran favor, es mucho.

FABIO:

Vedite che ca me doglio!
No lo voglio, no lo voglio;
y intratemelo en capucho.

ENTRA DINARDA.

DINARDA:

Perdona si me he tardado.

FENISA:

Seas, mi bien, bien venido.

DINARDA:

Quien viene a ser tu marido
al mayor bien ha llegado.

FENISA:

¿Qué te podría yo dar
por esa palabra, amores?

DINARDA:

Muchas perlas, muchas flores,
desa boca y dese azar.

FENISA:

Toma este rico diamante
para señal de mi fe.

DINARDA:

Pues señal de prisión fue,
sea él grillo y yo el amante.

FENISA:

En cambio de un gran palacio
hoy te da el alma Fenisa.

FABIO:

¡Por Dios, que reparte aprisa
lo que ha pescado de espacio!

SALE ALBANO Y CAMILO.

ALBANO:

Después de que por mil años
goces, hermosa Fenisa,
al señor don Juan de Lara,
honra y valor de Sevilla,
sabe que llegando al mar
para saber si venía
cierto don Félix, por quien
traigo en peligro la vida,
vi una nave valenciana
que con su caloma y grita
izaba las blancas velas,
que ya el manso viento hería,
y que un hombre en una barca,
abordándola, decía:

ALBANO:

«Albano, Albano, esa carta
daréis mañana a Fenisa».
En esto, un hombre en la playa,
que a mi lado la tenía,
me la dio y, volviendo el rostro
a la nave que se iba,
dije: «Yo se la daré».
Y entonces, con mucha risa,

él y un amigo o criado
suben por el borde arriba.
La nave, izando el trinquete,
se alejó de las orillas,
porque el viento refrescaba,
hasta perderse de vista.
Yo no aguardé, cuidadoso
de saber lo que sería,
a mañana. Esta es la carta.

FENISA:

La color tengo perdida.
Abre, Osorio.

OSORIO:

Dice así:

LEE.

«Si bien te acuerdas, arpía,
con artificioso anzuelo,
luto y lágrimas fingidas,
dos mil ducados pescaste,...»

FENISA:

¡Ah, Lucindo!

DINARDA:

¿Qué suspiras?

FENISA:

¡Válgame Dios! ¿Qué es aquesto?

OSORIO:

LEE.

«...mas la industria vengativa
supo cobrar su dinero».

FENISA:

¿Cómo?

OSORIO:

LEE.

«Una caja tenía,
para poder engañarte,
seis varas de paño encima.
Las pipas todas son agua,
porque la primera pipa
tiene diez libras de aceite,
no harás poco si te libras.
Tres mil ducados me diste;
pues dos mil te di, enemiga,
no es mucho que mil que quedan
por este cambio me sirvan,
que, si tú a treinta por ciento
de tu ganancia querías,
de mentiras cobrarás,
pues has vendido mentiras».

FENISA:

No leas, que si supiera
volar o hubiera en Sicilia
encantadores...

ALBANO:

Detente.

FENISA:

Déjame.

CAMILO:

En vano porfías.
Ya la nave en alta mar,
todas las velas tendidas,
camina con viento en popa.

FENISA:

¡Santo Dios!

CAMILO:

¿Qué te santiguas?

FENISA:

Soy mujer, no os espantéis
que esto piense y que esto diga.
Perdona, amado don Juan,
que para la hacienda mía
no importan tres mil ducados.

DINARDA:

Mi bien, como no te aflijas,
yo no tengo mucha pena.

ENTRAN DON FÉLIX, DONATO Y DOS SOLDADOS.

DON FÉLIX:

Siguiendo a los dos venía,
y en esta casa se entraron.

SOLDADO 1.º:

Aquí hay gente.

DON FÉLIX:

Aquí te arrima.

CELIA:

En la boda hay embozados.

DON FÉLIX:

Vuestas mercedes prosigan,
que toda es gente de paz.

ALBANO:

Antes parece enemiga.
¡Desembócese o, por Dios,
que los eche con más prisa
que entraron!

DON FÉLIX:

DESEMBÓZASE.

Un hombre soy
que he venido hasta Sicilia
en busca vuestra...

ALBANO:

¿Es don Félix?

DON FÉLIX:

...y sin traición os querría
hablar en el campo a solas.

CAMILO:

Este es campo.

OSORIO:

Ya me obligan...

DINARDA:

Ténganse, que estoy en medio.
Díganme la causa y, dicha,
yo los pondré en la campaña.

ALBANO:

Don Félix tuvo en Sevilla
una cuistión, de la cual
sacó dos o tres heridas.

OSORIO:

¿No es más?

ALBANO:

Si es más, no lo sé:
él, que lo sabe, él lo diga.

DON FÉLIX:

Aunque es verdad que en los pechos
me pusistes aquel día
la pala, que no es agravio
tengo por cuarenta firmas.
No vengo por esa parte,
más pesa la ofensa mía:
que con la espada en la mano
no hay hombre que agravios pida.
Yo le cobré con reñir;
si me hirieron, fue desdicha,
porque llegó vuestra espada
como pudiera la mía.

ALBANO:

Pues, ¿qué pedís?

DON FÉLIX:

A mi hermana;
y sin ella, o sin la vida
de quien me la trujo aquí,
no he de volver a Sevilla.

ALBANO:

Yo no tengo vuestra hermana.

DINARDA:

Si la enemistad antigua
cesa y las manos os daís,
y por esposa la estima
Albano como es razón,
yo haré que venga ella misma
a confirmar estas paces.

DON FÉLIX:

Esta es mi mano.

ALBANO:

Y la mía.

DINARDA:

Pues sabed que soy Dinarda.

FENISA:

¡Don Juan! ¡Mi esposo!

ALBANO:

Desvía,
que mi mujer no es tu esposo.

FENISA:

¡Don Juan!

DINARDA:

¿Qué don Juan, Fenisa?
Mujer soy.

FENISA:

Pues, capitán,
será razón y justicia
que me vuelvan lo que he dado.
Dame mi cadena.

OSORIO:

Mira
si hay algún bravo que venga
y en el campo me la pida.

FENISA:

Bernardo, dame el diamante.

BERNARDO:

¿Qué diamante?

FENISA:

Tú, enemiga,
dame el que te di.

DINARDA:

No creas
que tú tengas cosa fina.

FENISA:

Fabio, vuélveme la joya.

FABIO:

Vate a la forca e te impica.

CAMILO:

Aquí se acaba, senado,
El anzuelo de Fenisa.

FIN DE LA COMEDIA DEL ANZUELO DE FENISA

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB